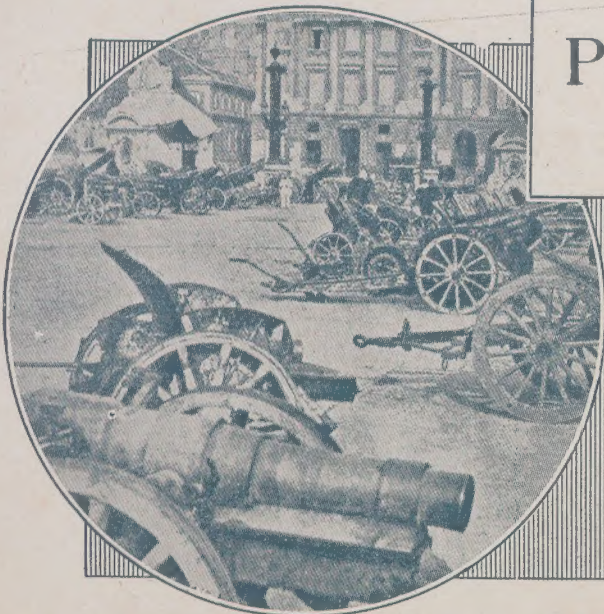


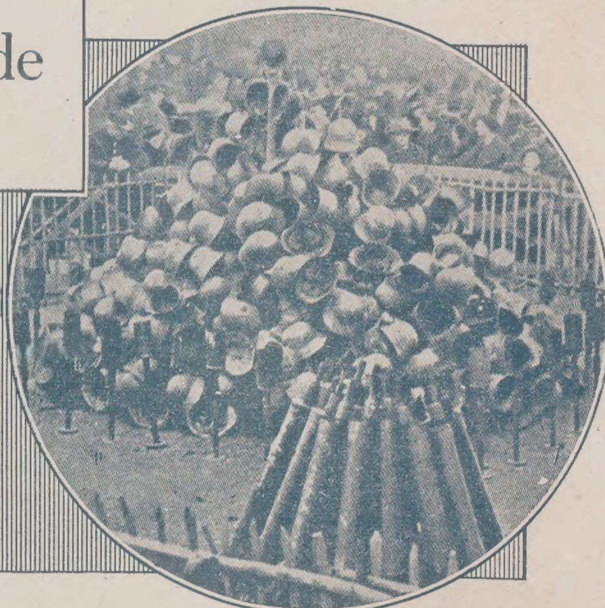
—¡Un poco de pan, señor!
—Perdonad; no me queda ni un grano de trigo.



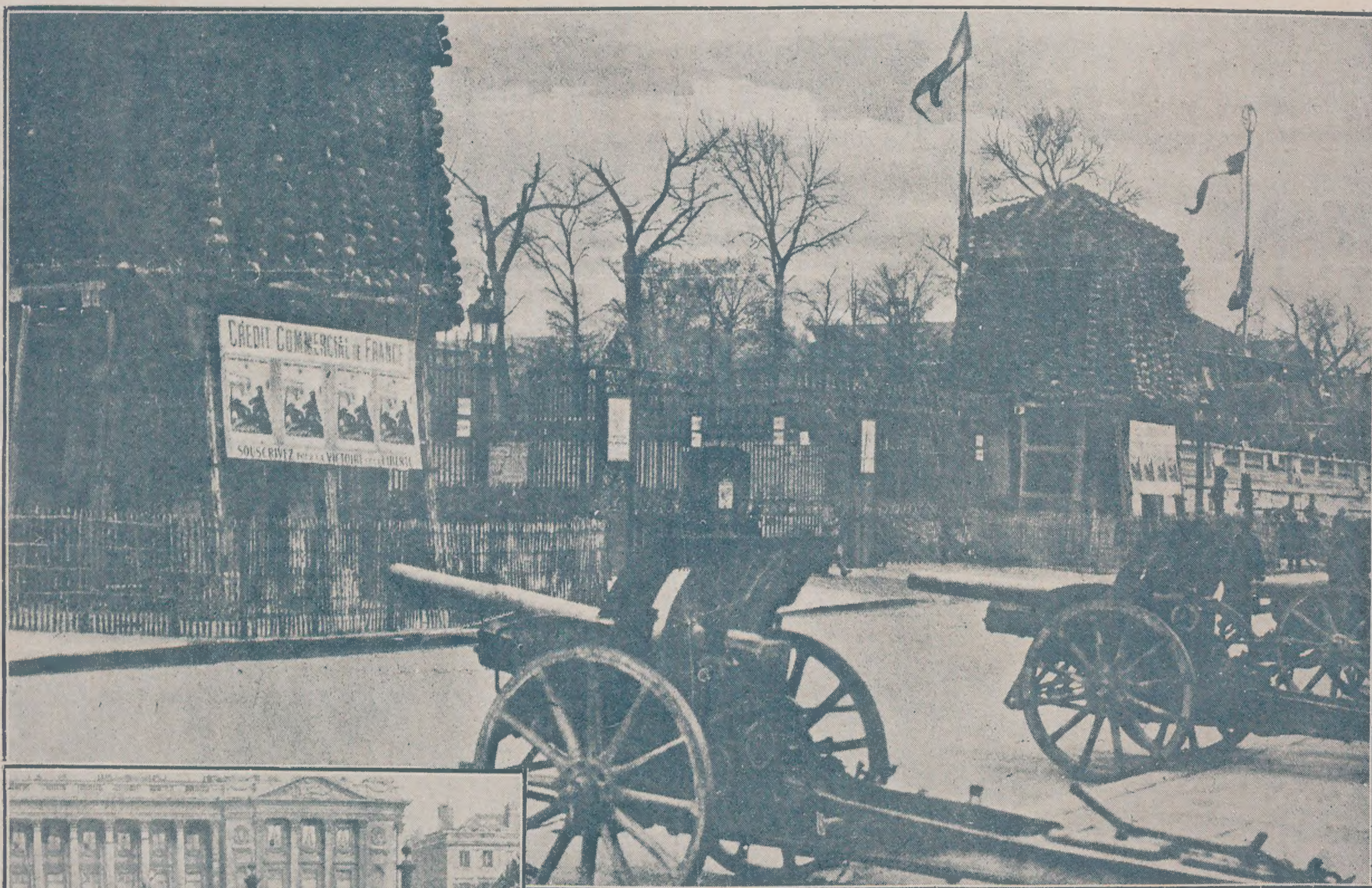
París, la ciudad de los trofeos



En cada parque parisiense se ven largas hileras de material de artillería tomada a los alemanes durante la ofensiva.



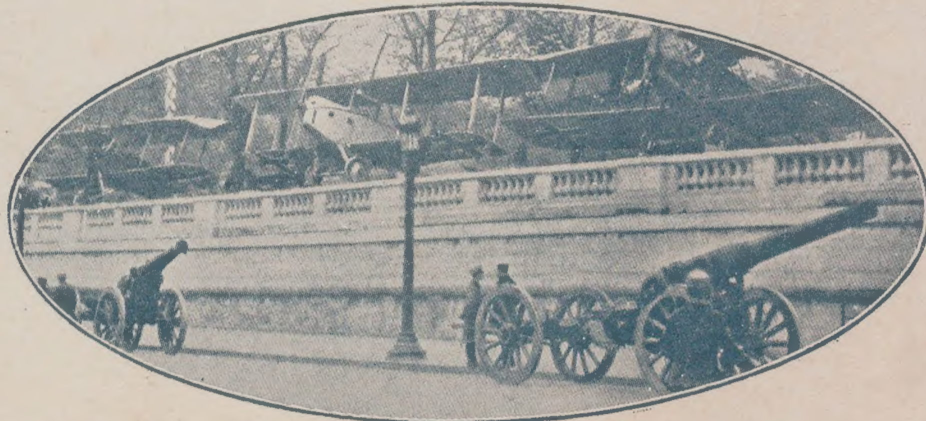
Es frecuente ver en las Tullerías pilas de cascos y fusiles enemigos, tomados todos en acciones de guerra.



Las dos estatuas existentes a la entrada de las Tullerías, que a causa de los bombardeos aéreos fueron cubiertas de bolsas de arena, han sido decoradas con millares de cascos alemanes y carteles de propaganda del empréstito de la victoria.



Otra vista de un parque parisiense, donde hay cerca de un centenar de cañones enemigos.



En la calle Rívoli se expone una larga fila de aeroplanos alemanes capturados.

FRAY MOCHO

Año VIII — Buenos Aires, 18 de febrero de 1919 — Núm. 356

El presupuesto

Nunca, desde hace largos años, la necesidad de una ley de presupuesto perfecta, se había hecho sentir más agudamente que ahora. Las dificultades económicas de todo orden, el espectáculo del país desgarrado por las huelgas, las mismas angustias fiscales exacerbadas por la paralización portuaria, exigen con mayor urgencia que nunca, un presupuesto claro, metódico, científico, en fin, para valernos de una expresión cara a la prosa del ministro de hacienda.

La discusión de la ley en la cámara de diputados no es, con todo, tranquilizadora al respecto. Nunca inició más tarde el Poder Legislativo el estudio de la ley de las leyes. Nunca el Poder Ejecutivo demostró mayor cachaza para convocar al parlamento. Y las consecuencias no se han hecho esperar. El sistema vicioso de los duodécimos, que todo lo perturba en el orden administrativo, y sólo por excepción se vió en el pasado cuando nada peligraba, tiende ahora a generalizarse, cuando la prudencia más elemental señala como algo gravísimo la menor falla en el método estricto de las finanzas.

Y nada sería esto, si la aplicación de la ley se hiciera luego en condiciones libres de toda crítica. Es de esperarlo, sin duda, para el presente ejercicio; pero, entretanto, quedan vibrando en el público estas terribles palabras del diputado Moreno en la sesión del lunes:

''Se ha caracterizado el gobierno actual: primero, por las enormes cantidades gastadas sin autorización legal y por el sistema de los acuerdos de ministros; segundo, por la alteración habitual de la ley de presupuesto; tercero, por el empleo de recursos que no se encuentran autorizados por ley alguna; cuarto, por la irregularidad de las compras que se verifican para las oficinas y organismos administrativos; quinto, por la ocultación de los datos que permitan el control de la administración, y sexto, por el aumento creciente de la deuda pública.''

Después de esto, no nos explicamos que a nadie le quede un átomo de buen humor... a excepción del gobernador Lencinas, y, por supuesto, del gobernador Borda.

Dramas de la tacañería

Atribuímos al alto valor de las escobas, el aspecto poco risueño que suelen presentar las calles de la gran capital; al exagerado precio del alumbrado, la lobreguez romántica de ciertos barrios, que viven muy felices en su papel de clientes de la crónica policial; y a la huelga marítima, es decir, a la ausencia de importación, y consiguiente carestía, las visibles deficiencias de ''toilette'' de algunos elementos oficiales. Muy bien. Estamos conformes. La tolerancia se impone. No es posible pedir al intendente, en la dura crisis que nos mata, que gaste escobas de dos pesos, o lamparitas, o velas de sebo, de poco más o menos, ahora que no hay nada de poco más o menos, y hasta el sebo, para no mencionar otra cosa, es, como todos saben, artículo ''trustificado''. Por lo mismo, nadie sueña en la mejora de los pantalones de algunos ministros, ni en la regeneración y aseo diario de todos los huéspedes de la Casa Rosada.

Lentamente nos hemos ido acostumbrando a las calles sucias, a la mala ropa, a la luz de la luna, y hasta al modestísimo auto presidencial; y volvemos a repetir que estamos conformes. Pero el tren económico tiene un límite. Nuestra tolerancia llega hasta la rebaja de todos los artículos; mas, no admite la supresión de cosas indispensables, de cosas de necesidad absoluta, de verdaderas instituciones, cuya ausencia puede sumir al país en un abismo de profundidad fenomenal. ¿Qué diría el mundo si a título de economías, en lugar de adquirirlos ''baratieri'', se esfumaran los pantalones de marras? Pues, no menos absurda es la medida últimamente adoptada por el gobierno, al suprimir, no ya un bien material, de mérito, al fin y al cabo discutible y de estética inenarrable, sino una joya, una obra de arte, un exponente de cultura, para decirlo todo, faltándonos el cual las letras patrias se quedarán como ''la dama que ha perdido su pintor''.

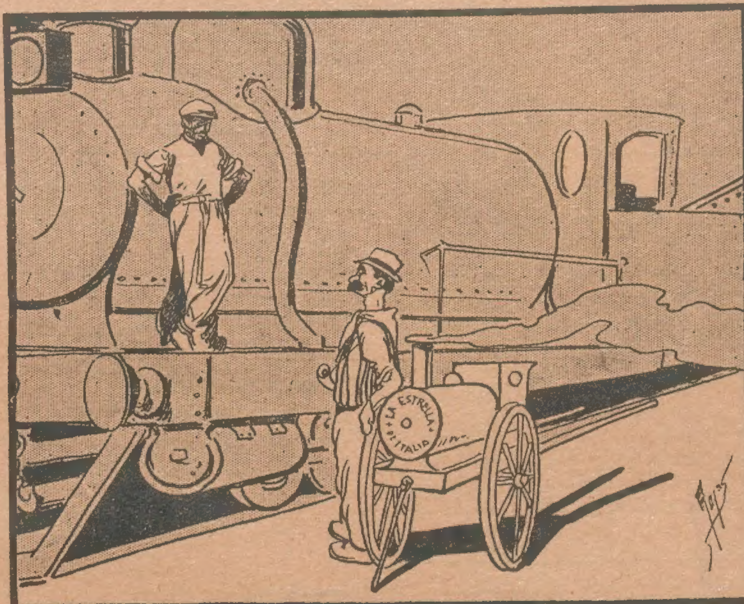
El ''Boletín Oficial'' ha desaparecido. El Boletín Oficial, cuya prosa encantadora; cuyas columnas y columnas desbordantes de ingenio; cuyas frases sutiles, aceradas, luminosas, apenas echadas al viento eran pasto goloso de los estetas y de los más refinados intelectuales!...

Una cruel plumada administrativa lo ha echado por tierra. Para cubrir las apariencias, se invoca en favor del atentado, la pobreza del gobierno que no permite sufragar el costo del papel, hoy por las nubes y mañana fuera de la órbita...

¡Qué papel! Es una negra conjuración de la envidia desatada. Es una conjuración de malos literatos.

Invitamos al Círculo de la Prensa a que tome cartas en el asunto.

COMENTANDO LA HUELGA MARÍTIMA



El del maní.—¡Ahora lo único que hace falta para dejar incomunicada la República es que nos declaremos en huelga los ferroviarios!

TOME NOTA, DON HIPÓLITO



—¡Al diablo el superhombre!

Don Jorge A. Mitre

El distinguido director de ''La Nación'', que tan brillante papel hiciera en Estados Unidos, en Londres, en Roma y en París, ejerciendo una verdadera plenipotencia argentina, dando conferencias y celebrando entrevistas con los más importantes hombres públicos de Europa, acaba de ser agraciado por el gobierno francés con el nombramiento de oficial de la legión de honor.

Es un merecido homenaje a las condiciones del periodista y del caballero, cuya actividad bien conocida al frente del gran diario, mantuvo siempre en la prédica de éste el tono de fe profunda en la causa de los aliados, tan simpática al pueblo argentino.

Por lo mismo, es una noticia grata a cuantos militamos en idénticas filas, y a cuantos profesamos la idea de que esta clase de acercamientos entre nuestro país y las demás naciones, hacen más por la vinculación recíproca que muchas gestiones de la diplomacia oficial.

Gobernadores y periodistas

—''¿Por qué me he de callar?''—preguntaría el soldado, si pudiera, al oficial que acaba de fulminarlo con la orden del caso.

Y la respuesta, vibrante, inapelable, no tardaría en herirle como un latigazo:

—''¡Porque yo lo mando!''

La razón suprema de este argumento no se discute. El soldado, con las orejas gachas, debe callar, y calla.

Pero el sistema, asombrosamente eficaz entre hombres libres, cuando está de por medio la disciplina militar, resulta naturalmente ridículo fue-

ra de la milicia bélica o de cualquier otra milicia.

Un gobernador, por ejemplo, no tiene nada que ver con un capitán, y un periodista con un recluta. Ello no impide, sin embargo, que desde que existen gobernadores en el mundo, y periodistas en provincias, los primeros se sienten fuertemente inclinados a mirar a los segundos con el ojo irritado de un general hotentote a su humilde asistente.

El pobre periodista de provincia, de psicología limitada, de prominente nariz eternamente metida en los chanchullos administrativos de S. E., no comprende, no puede comprender que cuando un jefe de policía dice: "¡Cállese la boca!"—es decir: "No censure mis actos ni los del señor gobernador. No escriba en contra nuestra" —la orden debe acatarse como la de un capitán que fulmina a su milico.

¿Cómo va a comprender? Su espíritu, atiborrado de constitución, de libertad, de leyes protectoras de la emisión sin trabas de los pensamientos que se le ocurran frente al desbarajuste universal, no le permite estudiar a Sancho. Por el contrario, las más incómodas quijoterías le asaltan, le empujan, le sacuden, le estrujan el cerebro y la conciencia, y le ordenan finalmente escribir otro artículo, y otros más, tan apocalípticos y aplastadores como se lo permita su dominio del arte y de la lengua.

He aquí entonces al capitán, es decir, al gobernador, comisario, o quien quiera que sea, saliéndose de sus casillas y dando una orden breve y formidable a sus sargentos.

Total: a las veinticuatro horas los diarios de la República entera comentan horrorizados la paliza de X, la encerrona de I, el destierro de Z, las puñaladas de N, ¡el fin del mundo... periodístico!

Nada más falaz, sin embargo, nada más inútil, más perjudicial y más absurdo que este sistema de los palos, vejaciones y compañía para suprimir periódicos. La experiencia prueba que los periódicos, como ciertas plantas, cuanto más se los troncha, más se reproducen...

¡Ah, si los gobernadores supieran botánica!

Pero, por desgracia para ellos y para los gobernadores, no sólo ignoran esta encantadora rama de las ciencias naturales, sino muchas otras, tantas, que vale la pena de meditarse la exclamación de un contribuyente:

"¿Sabrán alguna vez gobernar los gobernadores?"

Elogio del ahorro

Elpidio, "dotor" y jefe de policía—su doctorado corresponde a la primera hornada de "La Hunibersidá Populer della Voca", a estar a lo que afirma Baulito Villanueva — díjérase que se despechó con la lectura de la obra ejemplar y magnánima de Smiles, allá en la alta Córdoba, a la sombra de añosos algarrobales.

Siendo ministro de guerra — como pudo ser ídem de marina o capellán del Open Door—ahorró palabras, tal vez por aquello de que a boca cerrada no la interpela el diputado Mosca. Cuando vióse obligado a brindar en un banquete o en un pic-nic organizado por muchachos de la Kausa, hízolo al seco, vale decir a la sordina. También ahorró energías de pico en el banquillo ministerial de las cámaras. Ni un giro—no confundir con los gallos de este plumaje, tan denodados en las riñas de gallo—ni un párrafo de tiro corto, ni la aproximación de medio impertérrito ademán. Todo liso, lo mismo que el tango bailado por un aprendiz...

Luego, ya sucesor de Pepe Casás, volvió a ahorrar. Dicen que estuvo a punto de tener un gesto de hombre capaz de morir en su "lay", a raíz del igneo acto que con su auto oficial efectuaron los huelguistas; pero, lo ahorró evangélicamente, al gesto, se entiende.

Hoy, pacificada hasta cierto punto la metrópoli, Elpidio continúa ahorrando. Se ha instalado en la jefatura de policía, a doble anda. "Pas" de alquiler. Y "pas", también, de rascarse el bolsillo en cuanto al moblaje de la "garçoniere". Pero hay más: hasta ahorra en la prosaica Manduca Carabajal que se la envían mañana y tarde de la cocina de oficiales del cuerpo de bomberos. En suma: vianda a domicilio.


WAGNERIANA

—Debes tener buen oído para tocar tan bien ese instrumento...
—No digas disparates; no lo toco con el oído, ¡lo toco con la boca!

¿Tejo o Tajo?

Cuando el célebre actor cómico Julio Ruiz tuvo durante una temporada la dirección artística del teatro Rivadavia, solía dar frecuentes funciones de beneficio en favor de sociedades filantrópicas. En los entreactos de dichas representaciones acostumbraba a leer versos alusivos al acto, los cuales eran generalmente de su propia cosecha.

Sin embargo, en la función a beneficio de cierta sociedad española, el nombrado actor se vió comprometido a leer un "romance en verso" de cierto autor novel, amigo y compatriota de Julio Ruiz.

Llegó este en su lectura a unos versos en que se decía:

En Toledo la bella enamorada
se paseaba en las márgenes del Tejo...

—¡Del Tajo!—corrigió uno desde el paraíso.

Julio Ruiz miró hacia arriba y volvió a leer:

En Toledo la bella enamorada
se paseaba en las márgenes del Tejo...

—¡Del Tajo!—gritó el corrector paradisíaco.

Entonces Julio Ruiz leyó acentuando la estrofa:

En Toledo la bella enamorada
se paseaba en las márgenes del Tajo,
mirándose en las aguas retratada
como un puro y cristalino "espajo".

Y dirigiéndose al interruptor del paraíso, exclamó:

—¿Lo ve usted, so espantajo,
como es Tejo y no Tajo?...

Lo que produce una ballena

Una ballena de veinte metros rinde un producto aproximado de 18.000 francos en barbas, aceite y huesos. Las primeras poseen, como es sabido, cualidades excepcionales de ligereza, flexibilidad, y consistencia, cotizándose generalmente en el mercado de 56 a 70 francos el kilogramo. Hoy ha bajado algo la demanda de ese producto, debido a que las láminas de acero son empleadas en muchos casos allí donde la barba de ballena encontraba antiguamente gran aplicación, por ejemplo, en corsetería y paragüería. Sin embargo, el producto de referencia sigue teniendo importante consumo en la confección de trajes y sombreros de señora. También se usa mucho la barba de ballena para la fabricación de cepillería gruesa, esto es, en aquellos casos en que el cepillo corriente de fibras vegetales es deficiente para su empleo en gran escala, o por lo violento del trabajo a que se le somete. La barba de ballena tiene la ventaja de poderse obtener dividida en filamentos largos o cortos, gruesos o delgados, según el objeto a que se la destine. De ahí que se emplee principalmente para hacer cepillos de trabajo mecánico, tales como los que tienen las máquinas barrederas, los aparatos deshollinadores, los escobillones para la limpieza de calderas, bruzas, etc., etc.

La esperma o aceite de la ballena, es un líquido amarillento o parduzco, y de un olor desagradabilísimo, pero que puede ser quitado con ayuda del cloruro de cal. Una vez enfriada dicha grasa, sedimenta estearina y algunas veces valerina. Hay clases de esperma que desecan rápidamente. Su principal aplicación es la fabricación de jabones, colores y el afilado de sierras mecánicas.

El veneno de los sapos

La "bufotalina", es una materia tóxica aislada por Herr Faust, y que exuda el sapo por las glándulas del lomo. Tiene un color blanco-lechoso y, aplicado de un modo externo, ejerce una acción irritante muy fuerte sobre las membranas mucosas y produce quemaduras en los ojos. Estos efectos desaparecen después de unos cuantos días.

La introducción del veneno en la sangre mata a los perros en una hora, y a las ranas les produce convulsiones que acaban por la parálisis, y finalmente la muerte.

El alcohol y las opiatas obran como antídotos del veneno de los sapos.

Los sapos no son susceptibles a la acción de las secreciones venenosas de sus congéneres; sin embargo, lo son al veneno de la salamandra y del tritón.

Además del veneno alcaloide, que es el principal agente activo del veneno de los sapos, existe en la piel y en la sangre de algunos de éstos, una verdadera toxina que obra sobre los glóbulos rojos sanguíneos.

El mercado más raro del mundo

Lo es sin duda, el de ganado y caza existente en Fairbanks, un pueblo minero a orillas del río Chelena, en el riquísimo distrito de Alaska. Hay que advertir ante todo, que Fairbanks linda ya con el círculo polar ártico. De ahí que la temperatura durante los meses de invierno no sea nunca superior a 10° bajo cero, soliendo descender hasta 45 ó 50 grados en ciertos días de diciembre y enero.

En dicho pueblo funciona desde noviembre a marzo un bien abastecido mercado, del que naturalmente están excluídos, por innecesarios en absoluto, todos los servicios relativos a la conservación de los productos. Nada, pues, de cámaras frigoríficas ni de depósitos refrigeradores. A los animales muertos llevados al mercado les basta la temperatura ambiente para permanecer inalterados meses y meses.

El aspecto que presenta la plaza no puede ser más extraño, debido a que las reses, heladas hasta la médula y rígidas como palos, se hallan expuestas a la mirada del comprador colocadas sobre las cuatro patas. Si un cliente desea una porción determinada de la res, el carnicero empuña un hacha y una sierra y empieza a echar abajo carne cual si se hallase partiendo leña.

Los precios del mercado suelen estar en razón inversa de la temperatura. Así, cuanto más baja el termómetro y se hace más difícil la llegada de los proveedores a Fairbanks, más aumentan los tipos de venta, no siendo raro, en este caso, que la libra de carne de vaca se cotice a 5 dólares. Sin embargo, como en las orillas del Chelena abunda el oro, por estar allí enclavados los yacimientos más ricos del Yukon, los consumidores pagan sin protesta semejantes precios.

En GATH & CHAVES, las señoras y los hombres previsores, pueden proveerse con motivo de su grandiosa

EXPOSICIÓN BLANCA

de todo cuanto artículo blanco esté comprendido en los siguientes departamentos:

ROPA BLANCA DE SEÑORAS Y NIÑAS :: BLANCO :: TAPICERÍA :: LENCERÍA DE SEÑORAS, NIÑAS Y BEBÉS :: PAÑUELOS DE HOMBRE Y DE SEÑORA :: CAMISERÍA DE HOMBRE Y DE NIÑO.

Los precios que regirán durante el tiempo que esta Exposición dure, serán extraordinarios. Las principales ocasiones están comprendidas en un Catálogo especial que hemos editado y que remitimos gratis a quienes lo soliciten.



Agencia en Mar del Plata:
RAMBLA Nos. 57 y 58
Unión Telefónica 741
(Mar del Plata)

THE SOUTH AMERICAN STORES
GATH & CHAVES LTD
Anexo: Avenida de Mayo y Perú :: Casa Central: Florida y Cangallo

El chauvinismo

El origen de la expresión "chauvino" tan explotada en su sentido de patrioterismo exagerado, está en un modesto soldado francés del primer imperio, llamado Nicolás Chauvin. Había nacido en Rochefort y se enroló en el ejército napoleónico a los diez y ocho años. "Diez y siete heridas, tres dedos amputados, un hombro fracturado, la frente desfigurada, un sable de honor, una cinta roja y doscientos francos de pensión" fué todo lo que poseía al retirarse del ejército, y al regresar a su pueblo natal, donde lo nombraron para uno de los más humildes empleos de la prefectura marítima.

Antes de embarcarse con destino a Santa Elena, Napoleón se detuvo en Rochefort. Chauvin no quiso apartarse de la puerta de la habitación donde dormía el emperador.

Poco antes de morir el heroico soldado se hizo hacer un par de sábanas con banderas francesas viejas y exclamó con heroica trivialidad:

"Reventaré en ellas..."

Y así fué. Lo sepultaron envuelto en sus banderas. Su tumba existe todavía en Rochefort.

Doma de caballos con peces eléctricos

El torpedo, el gimnoto y algunos otros peces tienen la propiedad de producir en el cuerpo del que los toca una conmoción eléctrica muy sensible y en ciertos casos realmente peligrosa. El gimnoto habita en las regiones tropicales de la América del Sur; tiene la forma de una anguila; al descargar su órgano eléctrico paraliza o mata a los peces de las especies de que se alimenta. En algunos puntos los indígenas lo emplean nada menos que para domar potros; por otra parte, se emplea a los caballos para pescar gimnotos.

Un actor, Todd, que ha presenciado esas costumbres, las describe en estos términos:

"Pronto vimos a nuestros guías regresar de la sabana donde habían hecho una batida de potros y mulos sin domar. Trajeron unos treinta animales y los obligaron a penetrar en el pantano. El ruido extraordinario causado por el chapoteo de los caballos hace salir a los peces del limo y los excita para el combate. Las anguilas (gimnotos) amarillentas y lívidas, parecidas a grandes serpientes acuáticas, nadan en la superficie del agua y se precipitan bajo el vientre de los caballos y los mulos. Los indios, provistos de arpones y de cañas largas y delgadas, rodean la laguna; algunos suben a los árboles cuyas ramas se extienden horizontalmente por encima del agua. Con las cañas y sus gritos salvajes impiden a los caballos ganar la orilla y escapar. Las anguilas, aturdidas por el tumulto, se defienden descargando reiteradamente su batería eléctrica. Durante cierto tiempo parece que obtendrán la victoria. Algunos caballos sucumben por los golpes invisibles que reciben de todas partes en los órganos más esenciales de la vida, y desaparecen bajo el agua. Otros, jadeantes, erizadas las crines, con los ojos fuera de las órbitas, hacen desesperados esfuerzos para huir; pero los indios no les dejan acercarse a la orilla. Sin embargo, algunos consiguen burlar la vigilancia de los pescadores: ganan la orilla, tambaleándose, y se tienden en el suelo, vencidos de cansancio. En menos de cinco minutos se habían ahogado dos caballos. Como la anguila tiene cinco pies de largo se acerca al vientre de los caballos y hace una descarga en toda la extensión de su órgano eléctrico: ataca a la vez al corazón, las vísceras y al sistema de nervios del vientre. Probablemente los caballos no mueren por efecto de la descarga, sino que quedan aturdidos, y en la imposibilidad de nadar, perecen ahogados. Creíamos que la pesca iba a terminar con la muerte sucesiva de los animales que en ella se emplean, pero poco a poco disminuyó la impetuosidad de ese combate desigual y los gimnotos, fatigados, se dispersaron.

La pesca propiamente dicha tiene lugar después de ese espectáculo cruel y salvaje que el autor que hemos citado juzga simplemente pintoresco. Después de varias descargas, la energía eléctrica de los gimnotos se agota completamente y por algunos días. Entonces es muy fácil apoderarse de ellos, pues son inofensivos y tienen poco desarrollados los otros medios de defensa y fuga de los demás peces.

En cuanto a la doma de los caballos salvajes ya se supone lo fácil que es atar, embozalar y manejar a todo antojo a esos pobres animales aterrorizados que caen rendidos al salir de la laguna.



El otro extremo

Miel venenosa

El aroma y el gusto de la miel dependen, exclusivamente, de la naturaleza de las plantas visitadas por las abejas que la han elaborado. Las labiadas, familia de plantas a la que pertenecen el espliego, el tomillo, el romero y otras especies aromáticas, comunican a la miel su perfume, así como las plantas amargas le trasmiten su amargor. La miel del monte Himeto, tan famosa en la antigüedad, debió su fama a las labiadas que crecían en ese monte; la de Provenza tiene aroma de espliego, la de Narbona de romero, y la de Reggio, Valencia y Cuba, de azahar. En cambio, la miel, de escaso mérito, de Bretaña y de Alemania del Norte, es obscura y de poco sabor debido al alforfón y al brezo. El tejo ha sido acusado por Virgilio, el boj por Plinio y el ajenjo por Dioscórido de dar a la miel una mala calidad.

La miel puede también estar dotada de propiedades tóxicas si ha sido recogida en flores venenosas. Diódoro de Sicilia dice que durante la retirada de los diez mil numerosos soldados que se detuvieron en Trebizonda, en Cólquida fueron presa de una especie de demencia furiosa después de haber comido miel. En tiempos más recientes ha sido observado el mismo fenómeno en la misma región. Se le atribuye a la miel proveniente de plantas venenosas locales como la azalea y la cicuta del Levante.

En Europa no es rara la intoxicación por la miel. Se cita el caso de dos pastores de los Alpes que murieron después de haber comido miel cosechada en flores de acónito. Muchas avispas elaboran miel: la de algunas especies es comestible; la de otras, venenosa.

El equilibrio de los peces

Los señores Alliaud y Vles realizaron una serie de experimentos para determinar si la posición normal del pez en el agua es debida a un equilibrio dinámico, es decir, si el pez se sostiene como un barco debidamente lastrado o si se halla en una situación comparable en cierto modo a la de un ciclista que se mantiene en equilibrio mediante un trabajo muscular continuo.

Sabido es que muchos peces muertos flotan con el vientre hacia arriba, pero este hecho no puede constituir un argumento suficiente en favor de la segunda hipótesis más que en el caso en que se refiera a animales observados inmediatamente después de una muerte brusca. Elementos nuevos, entre otros la formación de gases intestinales pueden intervenir al cabo de cierto tiempo después de la muerte y cambiar por completo las condiciones del equilibrio.

Para estudiar el fenómeno, los experimentadores electrocutaron varios peces en el agua, por medio de una corriente tal que fuera inmediata la parálisis, sin causar la muerte, para que al cortarse el circuito el pez pudiera volver más o menos deprisa a su estado normal.

Los resultados obtenidos han sido los siguientes: al cerrarse el circuito y pasar la corriente, el pez da bruscamente una vuelta completa sobre su eje longitudinal y permanece rígido, con el vientre hacia arriba todo el tiempo que está sometido a los efectos de la corriente, y a veces se sumerge con mucha lentitud, por ser su densidad poco mayor que la del agua.

En el momento de quedar cortada la corriente, si ésta no ha producido la muerte, el pez recobra instantáneamente de un coletazo, su posición normal. Los mismos fenómenos se producen si se llena de agua la vejiga natatoria o si se toman las medidas necesarias para asegurar la constancia de su volumen gaseoso, en caso de dilatación súbita.

EL SECRETO

Julio Leridón forma parte de la "Sociedad de Consecuencias históricas". Se trata de una Asociación científica, en la que hay algunos sabios de verdad y en la que los demás socios han adquirido una incompetencia especial para toda manifestación científica. Leridón puede estar encasillado entre los últimos. Sin embargo, da una importancia enorme a su sabiduría; ejerce un sacerdocio. Sin embargo, esto no le impide endulzar su austeridad yendo a visitar todos los días a una deliciosa amiguita: Josefina Desruts. Llega a casa de esta apresuradamente, con cara risueña, olvidándose de que ya no tiene... cincuenta años."

Julio.—¿Me quieres, pimpollo mío?

Josefina (nerviosa).—Eso depende... ¿Por qué has venido tan tarde? ¿Tampoco te ha dejado salir hoy tu mujer? ¡No tienes ni pizca de carácter!

Julio (con dulzura).—Oye, cariño mío, déjame hablar. Recuerda que ya te había advertido que hoy teníamos sesión en la Sociedad (solemne). Habíamos de tratar ciertos problemas históricos hoy mismo, en sesión secreta, ésta se ha prolongado... era preciso llegar a ciertas conclusiones y no ha sido posible evadirme.

Josefina (con ironía).—¡En qué tono hablas! Cualquiera diría que se trata de un misterio del que depende el porvenir de la humanidad... ¿De qué habéis hablado? ¿De vejeces antediluvianas?

Julio (muy serio).—Todos hemos jurado guardar el secreto.

Josefina.—¡Pues guárdate tu secreto, hombre! ¡Como debe ser tan interesante! ¡A mí qué me importa!

Pausa.

Julio (acercándose).—¿Me quieres?

Josefina.—Aparta. ¡Me estás ya fastidiando con esa monserga!... Te querré cuando me pruebes que tú me quieres.

Julio.—¡Cómo!... ¿Pero no te he dado ya toda clase de pruebas

Josefina.—¿Qué pruebas? ¿Los cien luises al mes? ¡Vaya una cantidad para los tiempos que corremos!

Julio.—Es que yo no soy uno de esos millonarios hechos de pronto.

Josefina.—Sí, eres de los viejos.

Julio.—Viejo y todo, me parece que nada te falta.

Josefina.—Nada material, estamos conformes...

Julio.—¡A no ser que quieras también pruebas morales!...

Josefina.—¿Y por qué no he de querer pruebas morales? ¿Por qué no he de querer que se tenga confianza en mí? Ya estoy harta de que se me trate como a una cosa y no como a una persona... ¡Basta ya! O me demuestras que tienes confianza en mí, o te vuelvo a imponer los ocho días de castigo.

Julio (alarmado).—¡Pero, amor mío, si tengo en tí entera, absoluta confianza!

Josefina.—¡Tiene gracia! Mucha confianza, absoluta confianza; pero no quieres decirme siquiera lo que habéis tratado en la sesión de hoy. ¡Y eso que se trata de un infundio histórico más viejo que la luna.

Julio.—¿Pero no ves que hemos dado palabra de honor?...

Josefina (interrumpiéndole).—¡Ah! Cuando se quiere de veras, lo que se llama de veras... Te repito que nada me importa; pero no me vengas hablando de tu amor... ¡Ah, cuando un hombre lleva a una mujer en el corazón, en el pensamiento... ¿qué no será capaz de hacer por ella? ¡Locuras, crímenes! ¡No, no te asustes, que no te pido tanto! Pero, ya ves, querido, cuando se presenta la ocasión de satisfacer un caprichito, el hombre que realmente quiere, lo aprovecha, amigo, lo aprovecha... Si tú no lo haces, no sé por qué he de seguir sacrificándome.

Julio.—Dices cosas crueles (indeciso). Pero, ¿por qué diantre te empeñas en conocer ese infundio histórico, como tú le llamas, si no te interesa lo más mínimo

Josefina.—¡Por eso precisamente! No es por la cosa, es por la prueba de confianza (animándose). En fin, ¿me quieres o no? ¿Estás seguro de mí o crees?...

Julio (con mucha dulzura).—Pero, Josefinita, te quiero muchísimo y estoy seguro de tu discreción. Comprende que si no quiero hablar, lo hago por no faltar al principio.

Josefina.—Yo también, al quererte hacer hablar, obedezco a una cuestión de principio.

Julio.—Por desgracia es muy diferente.

Largo silencio.

Josefina.—¡Vamos, ya te escucho!

Julio.—Realmente, no puedo...

Josefina.—¡Bueno, está bien! ¡Ya sé a qué atenerme respecto a tu dichoso cariño! ¡Adiós!

Julio (desesperado).—Oye, ¿qué vas a hacer?... ¡No es posible que nuestro amor!...

Josefina.—No hablemos de esas pamplinas. Tengo prisa. Como esta noche con su amigo Faverchel, pobre muchacho, que está enamorado de mí y a quien he desengañado por culpa de usted... Si fuese miembro de la "Sociedad de Consecuencias históricas", me lo hubiese dicho inmediatamente...

Julio (decidiéndose).—Bueno; yo también te lo diré, ya que tanto te empeñas. El asunto era el siguiente: "Dada la invasión y el desastre de los hunos, ¿cómo se debió distribuir Europa para evitar las guerras futuras?"

Josefina.—¿Eso es todo?... ¿No me engañas?... ¡Pues no valía la pena de guardar tanto misterio!

Julio.—El tema es retrospectivo, ya lo sé; pero si las conclusiones se hiciesen públicas, podrían verse en ellas ciertas alusiones, así es, querida, que te suplico que no lo digas jamás.

Josefina.—Te lo juro. Puedes estar tranquilo, yo al menos se guardar un secreto.

Julio.—¿Luego hacemos las paces

Josefina.—¡Si hombre, sí! Estoy satisfecha y contenta de que hayas cedido. Pero, ¿quieres que te diga la verdad? Bueno, pues no tienes ni pizca de carácter... ¡Qué trasto!

Pocos días después Leridón estaba en su casa leyendo un periódico, cuando de pronto se levantó indignado. El periódico publicaba el tema tratado en la sesión secreta.

Julio (indignado).—¡Qué escándolo!... ¿Quién habrá sido el animal que haya cantado?... ¡Ya no puede uno fiarse más que de sí mismo!

Miguel PROVINS.

Flores termométricas

Algunas flores de la cuenca mediterránea evidencian poseer una temperatura superior a 37 grados centígrados, graduación que varía de modo considerable durante el desarrollo y evolución de las mismas.

Otras flores termométricas, como la soldanela de los Alpes, y del Guadarrama español, contienen tal cantidad de calórico que pueden vivir encapotadas bajo la nieve, como dentro de un fanal, gracias al calor que posee.

Este calor en todo caso es siempre mucho mayor durante el crecimiento y el desarrollo que cuando llega la planta a su completa evolución.

"Black and white"



—Dígame teniente, ¿este es el mismo océano por donde pasamos a la ida?
—El mismo.
—¡Ah, ya me parecía conocerlo!

PREGUNTA IMPRUDENTE

El médico abrió la puerta del consultorio y dirigiéndose a los enfermos que esperaban en el consultorio, preguntó con tono de importancia:

—¿Quién es el que está esperando hace más tiempo?

—Yo,—contestó uno en voz alta—soy el sastre; hace ya un mes que le entregué la ropa.

REALISMO

—No estoy dispuesto de ninguna manera a desempeñar esta noche el papel de Julio César si usted no me proporciona una multitud apropiada,—declaró el actor eminente al empresario.

—¿Y qué entiende usted por "una multitud apropiada"?

—Un número de comparsas suficiente para convencer al público de que Roma era una ciudad populosa y que hubo momentos en que había hasta tres personas en la calle y en un mismo día.

INACCESIBLE AL SENTIMIENTO

—La dueña de la otra pensión lloró cuando dejé su casa,—declaró el huésped nuevo.

—¿Ah, sí?—contestó la dueña de la casa actual,—a mí no me va a pasar eso: yo cobro por adelantado.

BUEN GUSTO

—¿Conoces las historia de Caperucita Roja?—preguntó el visitante amable.

Y la niña de siete años repuso:

—Sí, pero nunca la repito.

TODAVIA NO ESTABA SEGURO

—¿Seguramente su esposa, como todas las mujeres, quiere tener siempre la última palabra?...

—No sé; hace veinticinco o treinta años que estoy casado y todavía no ha pronunciado la última palabra.

LOS MISTERIOS DE LA HISTORIA

Era un soldado yanki ese que después de comprobar por larga experiencia el gran inconveniente que tiene la vida de las trincheras a causa de unos pequeños insectos que se atreven a pulular en el cuerpo humano, exclamó:

—Ahora sé por qué Napoleón llevaba siempre la mano en el pecho.

NUESTRO PROSAICO TIEMPO

—Príncipe: Cenicienta ha perdido su zapatito...

—¿Y qué?

—Debería usted buscarla y casarse con ella.

—¡Jamás, mientras estén los zapatos a los precios actuales! Una muchacha tan descuidada que pierde el calzado no será nunca una esposa económica.

LOS HOTELES EN SUIZA

Los hoteles suizos están repletos. Un turista que acostumbra ir todos los años a un determinado hotel es recibido con muchas disculpas por el hotelero:—No hay ningún cuarto vacío, todos tienen varios huéspedes, menos uno.

—No importa, ocuparé esa habitación con la otra persona...

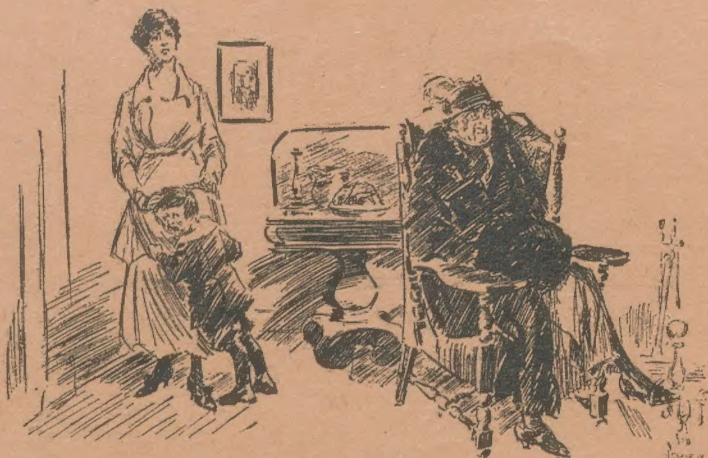
—No le aconsejo, señor: es un ex rey.

EL INVARIABLE MENU

—¿Hay algo nuevo en el menú?—preguntó a un amigo uno que acababa de entrar en el restaurant.

—Sí, che: una mancha de grasa que no ví ayer.

LOS PESITOS DE MISIA BEGONIA



—¿Por qué quieres que yo bese a la tía si siempre dices que su plata te tocará a ti sola?

RECOMPENSAS

La señora que visitaba un hospital de soldados heridos dirigiéndose a uno, muy grave, le interrogó:

—¿Ha perdido una pierna?

—Sí, señora.

—¡Pobre hombre! Tome esta manzana para usted.

Una vez que se retiró la compasiva dama, el herido dijo a un compañero:

—Va a volver la semana que viene, pero en estos días no voy a tener oportunidad de perder la otra pierna... ¡Caramba!... podría haberme ganado una banana.

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA



La señora.—¿Quiere indicarme el departamento de calzado para niños?
El ex teniente (distraído).—¡Flanco izquierdo! ¡March!

EXIGENCIA

—Vea, cochero, me ha dado mal el vuelto. ¡Usted no debió equivocarse!

—¡Ah! ¿Quiere un cochero que sea contador público?

PROBLEMA RESUELTO

—Esta casa está muy mal acondicionada—dice la inquilina, disgustada.—Hay tantas corrientes de aire, que apenas me dura el peinado. ¿No podría remediarse esto?

—Yo creo que sí—responde el casero.—¿Por qué no se corta usted el pelo? Sería la mejor solución.

EXACTITUD

"Por ochenta centavos, cuatro pares de calcetines que no se gastan nunca."

Pérez lee el anuncio y manda el dinero. A vuelta de correo recibe cuatro pares de calcetines tan malos como feos. Todo indignado, escribe al comerciante: "Recibidos los calcetines. Es un verdadero timo. No hay quien los gaste."

Contestación del comerciante:

"Es inútil que discuta usted. Yo le garantizaba que no gastaría nunca los calcetines, y he cumplido mi palabra".

QUERÍA CERCIORARSE

La señora.—¿Han traído ya el periódico?

El esposo.—¿Para qué te hace falta?

La señora.—Para ver si es buena la ópera que oímos anoche.

NO HABIA MENTIDO

—¡Hola, hombre! ¿Se te han olvidado los dos pesos que te dí hace seis meses?

—No.

—Como dijiste que los necesitabas para muy poco tiempo...

—Era verdad, a los quince minutos los había gastado.

INTREPIDEZ

—¡Señor!—grita una vieja señorita desde el interior del vagón, a un señor que quiere entrar allí,—aquí es el vagón para señoras!

—¡Oh!—responde el señor, entrando y distribuyendo sus equipajes,—no soy tímido.

SE SINTIÓ TOCADO

Un avaro, saliendo de la iglesia, donde el sacerdote habló sobre beneficencia, dijo:—La prédica me ha conmovido tanto, que yo mismo estoy dispuesto á pedir limosna.

EL QUE ACERTÓ

Preguntábanle a un chino si en su país había buenos médicos.

—Muy malos—contestó;—pero hay uno muy bueno, el doctor Ping, que me salvó la vida.

—¿De veras? ¿Cómo fué eso?

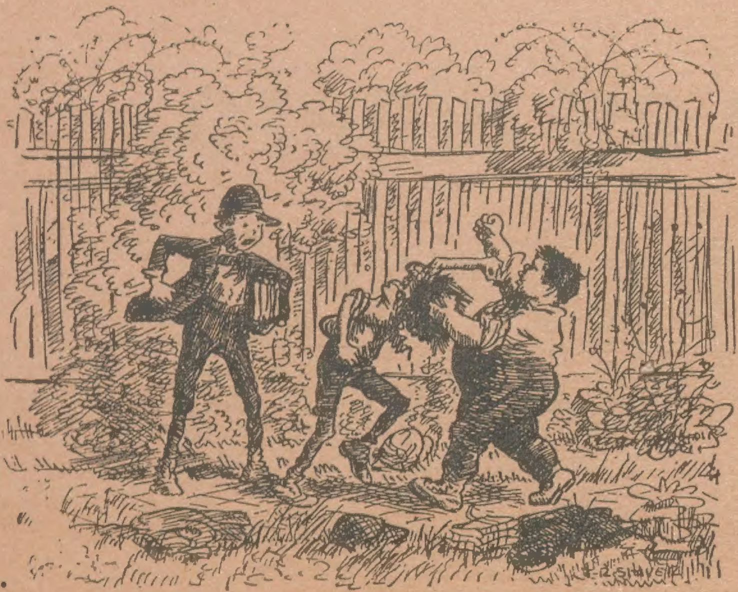
—Yo estaba un poco enfermo. Hice llamar al doctor Hong-fu. Me recetó una droga. La bebí. Me puse peor. Hice llamar al doctor Fon-Yen. Me recetó otra droga. La tomé. Creí que me moría. Hice llamar al doctor Ping. Contestó que no podía venir. Me he curado.

¿SIN DESPEDIRSE?

La esposa del profesor.—Mi marido está, como de costumbre, encerrado en su laboratorio efectuando experimentos químicos. Quiere pasar a la posteridad.

Ruido estruendoso en el laboratorio: ¡brrrum!... ¡pom!...

El visitante (alarmado).—Supongo que no habrá pasado ya...



—¡Un poco de estrategia, Juancito!
—¡Dale en la saliente!

Vé...

Para FRAY MOCHO.

Vuela, paloma dócil, vuela, blanca y ligera,
en la quietud sedante de la tarde estival,
sigue del blanco río la desigual ribera
y el serpenteante arroyo del Medio cruzarás.

A tu derecha, quintas, arboledas frondosas,
barrancas imponentes y ranchos hallarás
como en sueño sumidos o líneas ondulosas
de maizal verdegueante y amarillo trigal.

A tu izquierda, la cinta de transparencia clara
que misteriosa pasa cantando, el Paraná,
con manchas de esmeralda con que el Señor cuajara
la inmensidad de plata que forma su caudal.

Tras de una suave loma que el camino atraviesa,
un ciprés puntiagudo habla de eterna paz,
más allá, muchas casas sobre la azul pureza
del cielo... ese es mi pueblo, ese es San Nicolás.

En una calle triste como las otras calles,
como las otras calles, de aspecto colonial,
hay una vieja casa. Cuando sobre ella te halles,
detén tu vuelo y baja porque ese fué mi hogar.

En el patio, cerrado por la tapia agrietada
que de compacto musgo cubriera la humedad,
hay un asiento rústico de piedra mal labrada
donde a mi pobre madre a veces vi llorar.

Allí mi amor un día vibró en un juramento
haciendo de esas piedras santificado altar...
¡De qué distancia grande os trae el pensamiento
casa, patio y asiento que no veré quizás!

Paloma cuyo acento más que decir de amores
es gemido monótono, baja al llegar allá,
llora tu arrullo al lado de las marchitas flores
y aletea del pozo junto al tosco brocal.

Contigo irá mi espíritu flotando sobre el río
que meciera mi cuna, que morir me verá
y así estarán unidos en un abrazo frío
la soledad de mi alma y aquella soledad!

Horacio H. SIVORI.

Villa Constitución, febrero de 1919.

Un parricida

El abogado había alegado la demencia del culpable. ¿Cómo explicar de otra manera ese crimen extraño? Se había hallado una mañana, entre los cañaverales del río, dos cadáveres abrazados, una mujer y un hombre, ambos gente de mundo, ricos, no muy jóvenes y casados el año anterior. La mujer era viuda desde hacía tres años.

No se les conocía enemigos; no habían sido robados. Parecía que se los hubiese arrojado de la orilla al río, después de haberlos herido con un agudo instrumento de hierro.

La investigación no hizo descubrir nada; los marineros interrogados nada sabían. Se iba a dejar de lado el asunto, cuando un joven ebanista de un pueblo vecino, llamado Jorge Luis y apodado El Burgués, se presentó a la policía y quedó detenido.

A todas las preguntas no respondía más que esto:

En efecto, ¿cómo podía admitirse que ese obrero hubiese asesinado a sus mejores clientes, clientes ricos y generosos, él mismo lo reconocía, que durante dos años le habían dado trabajo por valor de tres mil francos? Sólo una explicación se presentaba: la locura, la idea fija del "declassé" que en dos burgueses se venga de todos los burgueses; y el abogado, luego de hacer una alusión hábil al sobrenombre de El Burgués que daban en el pueblo a su defendido, exclamó:

—¿No es una ironía y una ironía capaz de exaltar más aún a ese desgraciado mozo que no tiene padre ni madre? Es un republicano ardiente. ¿Qué digo? Pertenece a aquel partido político que en otra época la República fusilaba y deportaba y que hoy acoge con los brazos abiertos, el partido para el cual el incendio es un principio y el asesinato un simple medio. Esas lamentables doctrinas, actualmente aclamadas en las reuniones públicas, han sido la perdición de este hombre. Ha oído a republicanos y hasta a mujeres, ¡sí, a mujeres!, pedir la cabeza de los ministros y su espíritu enfermo naufragó: ¡quiso sangre, sangre de burgueses! ¡No

puesto que se lo abandonó, puesto que la nodriza, no recibiendo más la pensión mensual, podía, como hacen a menudo las nodrizas, dejarlo sufrir de hambre y morir de abandono... La mujer que me crió fué honrada, más honrada, más mujer, más grande, más madre que mi madre. Ella me crió. Acaso hizo mal en cumplir su deber. Vale más dejar perecer a esos miserables arrojados a los pueblitos de los suburbios, como se arroja un harapo. Crecí con la impresión vaga de que llevaba conmigo una deshonra. Los otros chicos un día me llamaron "bastardo". No sabían lo que significaba esa palabra, oída por uno de ellos a su padre. Yo también lo ignoraba, pero lo sentía. Puedo decir que fuí uno de los más inteligentes de la escuela. Habría llegado a ser un hombre honrado, quizás un hombre superior, si mis padres no hubiesen cometido el crimen de abandonarme. Y ese crimen lo cometieron contra mí. Yo fuí la víctima y ellos los culpables. Yo estaba sin defensa; no tuvieron piedad. Debían amarme y me rechazaron. Les debía la vida, pero ¿la vida es un presente? La mía, en todo caso, no fué más que una desgracia. Después de su vergonzoso abandono no les debía más que la ven-



—Conocía al hombre desde hacía dos años y a la mujer desde hacía seis meses. Venían a menudo y me encargaban que les restaurara muebles antiguos, porque soy hábil en el oficio.

—¿Por qué los ha matado?—se le preguntaba.

—Y el joven respondía obstinadamente:

—Los he matado porque he querido matarlos.

No se podía obtener nada más de él.

Ese hombre era, sin duda, un hijo natural, entregado a una nodriza del campo y luego abandonado. No tenía más nombre que el de Jorge Luis, pero, como, al crecer, se hizo singularmente inteligente con gustos y delicadezas nativas de que carecían sus compañeros, éstos dieron en llamarle El Burgués, y no se le designaba sino con este apodo. Pasaba por ser notablemente hábil en el oficio de ebanista que había adoptado. Solía dedicarse un poco a la escultura en madera. Se le tenía también por hombre exaltado, partidario de las doctrinas comunistas y hasta nihilistas, gran lector de novelas de aventuras, de dramas sangrientos, elector influyente y orador estimado en las reuniones públicas de obreros y de campesinos.

El abogado defensor alegó como circunstancia eximente de culpa, la locura del acusado.

es a él a quien debéis condenar, señores, sino a la Comuna!

Estas palabras ocasionaron un murmullo de aprobación. Se comprendía que el abogado había ganado la causa. El fiscal no replicó.

Entonces el presidente hizo esta pregunta habitual:

—Acusado, ¿tiene usted algo que agregar en su defensa?

El hombre se puso de pie. Era un joven de poca talla, de un rubio delicado con ojos grises, fijos y claros. Habló con voz fuerte, franca y sonora y sus primeras palabras cambiaron bruscamente la opinión que de él, el público se había formado. Habló con energía, con tono declamatorio, pero tan preciso que sus menores palabras se oían hasta el fondo del salón:

—Señor presidente: como no quiero ir a un manicomio—prefiero la guillotina—voy a decirlo todo. He matado a ese hombre y a esa mujer porque eran mis padres... Ahora, escúchenme y luego juzguen. Una mujer tuvo un hijo y lo envió a una nodriza de tal o cuál parte. Acaso sabía a qué lugar su cómplice llevó al pequeño ser, inocente pero condenado a la miseria eterna, a la vergüenza de un nacimiento ilegítimo, y más que esto, a la muerte,

ganza. Realizaron contra mí el acto más inhumano, infame y monstruoso que se puede cometer contra un ser. Un hombre injuriado, hiere; un hombre robado, recupera su bien por la fuerza; un hombre engañado, burlado, martirizado, mata; un hombre abofeteado, mata; un hombre deshonrado, mata. Yo he sido más robado, engañado, martirizado, abofeteado y deshonrado moralmente que todos aquellos cuya ira ustedes absuelven. Me he vengado; he matado. Era mi derecho legítimo. Les he quitado su vida feliz, en cambio de la vida horrible que me habían impuesto. Hablarán ustedes de parricidio. ¿Eran acaso mis padres ese hombre y esa mujer para quienes fuí una carga abominable, un terror, una tacha de infamia, para quienes mi nacimiento fué una calamidad y mi vida una amenaza de vergüenza? Buscaban un placer egoísta. Tuvieron un hijo. Suprimieron el hijo. Llegó mi vez de hacer lo mismo con ellos. Y sin embargo, últimamente todavía me sentía dispuesto a amarlos. Hace dos años que el hombre, mi padre, entró en mi casa por vez primera. Yo no sospechaba nada. Me encargó dos muebles. Se había informado, como lo supe más tarde, del cura, bajo condición de guardar el mayor secreto. Volvió a menudo. Me proporcionaba trabajo y pagaba bien. A veces hablaba un poco de cosas indiferentes. Sentía algún afec-

to por él. A principios de este año vino con su mujer, mi madre. Cuando entró ella temblaba tanto que la creí afectada por una enfermedad nerviosa. En seguida me pidió una silla y un vaso de agua. No dijo nada. Miraba mis muebles con expresión desconcertada y no respondía más que con un sí o un no, bien o mal a todas las preguntas que se le hacía. Después de irse, pensé que debía estar algo enajenada. Volvió al mes siguiente; esta vez tranquila, dueña de sí misma. Permanecieron largo rato, charlando, y me hicieron un encargo de importancia. Volví a verla tres veces más, sin sospechar la verdad. Pero he aquí que un día se puso a hablarme de mi vida, de mi infancia, de mis padres. Le contesté: "Mis padres, señora, eran unos miserables que me abandonaron". Entonces llevóse la mano al pecho y cayó desvanecida. Pensé inmediatamente: "¡Es mi madre!", pero evité muy bien dejarlo entrever mi pensamiento. En los días siguientes traté de informarme, por mi parte. Supe que se habían casado en el mes de julio precedente, siendo mi madre viuda desde hacía tres años. Esperé. Se presentó de nuevo un anochecer, siempre acompañada por mi padre. Ese día parecía muy conmovida, no sé por qué. En el momento de retirarse me dijo: "Tengo simpatía por usted, porque parece un mozo honrado y trabajador; sin duda, piensa usted en casarse algún día. Quiero ayudarle a elegir libremente la mujer que le convenga. Ya una vez me casé contra el anhelo de mi corazón, y sé cuánto se sufre. Ahora soy rica, sin hijos, libre, dueña de mi fortuna. Aquí tiene su dote". Y al decir esto me tendió un sobre grande, lacrado. La miré fijamente y luego le dije:—¿Usted es mi madre? Retrocedió tres pasos y se llevó la mano a los ojos para no verme. El, el hombre, mi padre, la sostuvo en sus brazos y me gritó: "¡Usted está loco!" Yo le respondí: "De ningún modo. Sé perfectamente que ustedes son mis padres. No se me engaña así. Confiésenlo y les guardaré el secreto; no les querré mal por ello y seguiré siendo lo que soy, un ebanista". El hombre retrocedía hacia la puerta, sosteniendo siempre a su mujer que empezaba a sollozar. Corrí a cerrar la puerta, metí la llave en mi bolsillo y dije. "Mírela: niegue aún que es mi madre". Entonces se puso fuera de sí; muy pálido, espantado por la idea de que el escándalo tanto tiempo evitado podía estallar de pronto, que su situación, su reputación podían perderse de pronto, balbuceaba: "Es usted un canalla que quiere sacarnos plata. ¡Haga uno bien a esta clase de gente!" Mi madre, desolada, repetía sin cesar: "¡Vayámonos, vayámonos!" Al ver la puerta cerrada, el hombre gritó: "¡Abra en seguida, si no, lo haré poner preso por extorsión y violencia!" Entretanto, yo había permanecido dueño de mí; abrí la puerta, los dejé pasar y los vi perderse en la obscuridad. Entonces me pareció, de pronto, que acababa de quedar huérfano, de ser abandonado, de ser echado a la calle. Me invadió una tristeza horrible, con mezcla de ira, de odio, de disgusto. Sentí como una rebeldía de todo mi ser, una rebeldía de la justicia, de la rectitud, del honor, del afecto rechazado. Y me eché a correr tras ellos con el propósito de alcanzarlos en la orilla del Sena, por donde debían pasar para llegar a la estación de Chaton. Pronto los alcancé. La noche era obscurísima. Yo iba caminando por el césped y no oyeron mis pasos. Mi madre seguía llorando y mi padre decíale: "Es por tu culpa: ¿por qué has querido verlo? Era una locura, dada nuestra posición. Se le habría podido ayudar desde lejos, sin dejarnos ver. Desde que no podíamos reconocerlo ¿para qué estas visitas peligrosas?" Entonces me acerqué rápidamente a ellos y, suplicante, balbucí: "Bien saben que ustedes son mis padres. Ya me han rechazado una vez, ¿volverán a hacerlo ahora?" Y entonces el hombre levantó la mano—se lo juro, presidente, por el honor, por la ley, por la República—y me dió un golpe. Lo tomé del cuello al mismo tiempo que él sacaba un revólver del bolsillo. Me enceguecí; no sé lo que pasó. Tenía mi compás en el bolsillo y se lo clavé, se lo clavé cuantas veces pude. La mujer se puso a gritar: "¡Socorro! ¡Socorro!", agarrándome de los cabellos. Parece que también le he dado muerte. ¿Acaso sé lo que hice en ese momento? Después, cuando vi a los dos en el suelo, los eché al río, sin reflexionar... Eso es todo. Ahora pueden juzgarme."

—

El acusado volvió a sentarse. Ante esta revelación el fallo ha sido postergado para la sesión siguiente. Pronto será expedido. Si nosotros fuéramos jueces, ¿qué haríamos con ese parricida?

MAUPASSANT.

En el crisol de la Idea

Exhalaré las notas
más formidables, de mi rudo canto
toda vez que a mi espíritu sacuda
el ajeno quebranto,
ya brote de la airada tiranía
o de la triste invocación al llanto!

Nada hará que enmudezca
mi labio acusador, cuando decida
exhalar el apóstrofe altanero
contra los males todos de la vida,
los que al amparo de la fuerza bruta
formaron sus vandálicas legiones
para imponer al mísero, al humilde
la ley de sus bastardas ambiciones...
los que subsisten a través de siglos
y que al calor de la perfidia insana
se erigieron en mitos y vestiglos
para atrofiar a la conciencia humana!...

. . . .

¡Oh, si lograr pudiera
con el mágico don de la palabra
destruir la saña fiera
de todo aquel que el infortunio labra!...
Hoy, que ya el submarino
no lanza su torpedo destructor de mil vidas,
y el loco torbellino
que a los campos de Europa, campos bellos, cubiertos
de doradas espigas
trocó en inmenso osario de putrefactos cuerpos,
ya no ensaya su furia maldiciente
y la Paz se vislumbra;
la Paz serena y riente
la Paz a cuya influencia soberana
toda la dicha del vivir se siente!...
¿Cómo no condenar a los que siguen
las tenebrosas sendas del Pasado
si con ello dilatan torpemente
su soberbio reinado?

Exhalaré las notas
más formidables de mi rudo canto
toda vez que a mi espíritu sacuda
el ajeno quebranto,
ya brote de la airada tiranía
o de la triste invocación al llanto!...

Juan María BEGINO.

Montevideo, enero de 1919.

LA NUEVA EXCUSA



—Sí, señora; uno veinte la docena... a causa de la paz.

Las desventuras del general Morland

Desde Austerlitz a un tonel de ron.

Allá por el mes de enero de 1806 recorría penosamente los caminos sobre destartalada carreta, con destino a París, un enorme tonel de ron.

La extraña vasija procedía de Austerlitz, consistiendo su contenido en unas cuantas cántaras del líquido referido, sirviendo de baño protector al cuerpo exánime de uno de los generales más bravos de Napoleón I, el general Morland, cuyo nombre aparece grabado sobre el arco de la Estrella de París, entre los otros héroes de aquellas guerras.

Resulta curioso averiguar cuál fué el final de aquella lúgubre odisea, así como las circunstancias mediante las cuales uno de los más valerosos caudillos del imperio quedó envasado, de manera tan insólita, al término de sus días.

Cuando al disiparse la niebla en la mañana del 2 de diciembre de 1805 empezó a brillar aquel famoso sol de Austerlitz, cuyo recuerdo se complacía en evocar Napoleón, vióse al grueso del ejército francés, al mando del general Soult, apoderarse, entre un huracán de plomo y de hierro, no sólo de la aldea de Pratzen, sino de la inmensa meseta que dió nombre a la batalla; y que era la clave de las posiciones enemigas. Los rusos estaban derrotados. Pero el príncipe José, hermano de Napoleón, que perseguía a los moscovitas a la cabeza del 4.º batallón de infantería, se dejó arrastrar por su entusiasmo demasiado lejos. Los "caballeros-guardias" y los coraceros del gran duque Constantino, hermano del emperador de Rusia, cargaron sobre el batallón francés, lo diezmaron y se hicieron dueños de su bandera.

La caballería rusa avanzaba rápidamente para consolidar el triunfo momentáneo de los "caballeros-guardias"; pero Napoleón, que desde lo alto de la meseta veía la situación apuradísima de sus infantes, lanzó contra el enemigo a los mamelucos, a los cazadores y a los granaderos de su guardia, bajo las órdenes de los generales Bessiéres y Rapp. En aquella espantosa lucha cuerpo a cuerpo, la victoria quedó por los franceses, si bien no la compraron barata: nada menos que 8.000 hombres dejaron allí entre muertos y heridos. El regimiento de cazadores de la Guardia quedó completamente aniquilado, siendo de los últimos en morder el polvo, herido por un casco de granada, su bizarro coronel Morland, quien dos horas después entregaba su alma a Dios, teniendo en torno suyo a todo el estado mayor del emperador. La escena, inmortalizada por un cuadro muy conocido, debió ser en extremo patética. El "Petit caporal", colocando sobre el agonizante cuerpo de Morland el bastón y las insignias de general, lloraba a lágrima viva, y lamentaba la pérdida del guerrero ilustre que a los treinta y cuatro años tenía ya en su hoja de servicios más actos heroicos que muchos de los viejos mariscales del imperio.

Terminada aquella imponente ceremonia, y deseando Napoleón excitar y sostener la emulación entre sus tropas, dispuso que el cadáver del general Morland fuera conducido a París, con objeto de ser depositado más tarde en un monumento que se proponía hacer erigir el emperador en el centro de la explanada de los Inválidos.

Como quiera que los médicos militares no disponían en el campo de batalla ni del tiempo ni de los ingredientes necesarios para embalsamar el cuerpo del general, limitáronse a encerrarlo en una barrica de ron, y a expedir el fúnebre encargo a París. El pobre Morland tenía mala sombra hasta después de muerto, pues sucedió que diversos acontecimientos retardaron la construcción del monumento que debía contener sus cenizas, y cuando Napoleón perdió el imperio en 1815, o sea diez años después de morir el coronel de cazadores de la Guardia, todavía se hallaba el macabro tonel con su entero contenido tal como saliera de Austerlitz, y no en lugar adecuado, sino en una de las salas de la escuela de Medicina de París. Por cierto que dos o tres años más tarde, la barrica se abrió de puro vieja y pasada, dejando al descubierto el cadáver de Morland. Entonces se pudo observar un fenómeno tan curioso como inexplicable: los mostachos del general habían crecido, hasta el punto de llegarle las guías a la misma cintura.

Por raro que parezca, nada hizo el gobierno francés en honor del que tanto derecho tenía a reposar a cubierto de miradas indiscretas. Desde aquella fecha hasta 1818, Morland, "el general momia", como lo llamaban los estudiantes de medicina, continuó expuesto en el gabinete de anatomía de dicha escuela, al lado del desecado cuerpo del coronel Jean Barbanegre, muerto en Jena, con esta inscripción al pie: "Curiosas momias donadas por el señor barón Larrey, médico mayor". En esta situación permaneció mucho tiempo el arrojado lugarteniente de Napoleón, haciendo exclamar ello al barón de Marbot, en sus "Memorias": "¡Amad la gloria y haceos destrozar en los campos de batalla, para que un fanfarrón naturalista os coloque luego en su gabinete, entre un cuerno de rinoceronte y un cocodrilo disecado!"...

El cuerpo de Morland, embalsamado, no al ron, sino de manera más científica, yace desde 1820 en la iglesia parroquial de Soully (Meuse) disfrutando de la paz serena de la tumba, bajo las mismas bóvedas que oyeron los rezos de su primera infancia.

PAISAJES ANDINOS



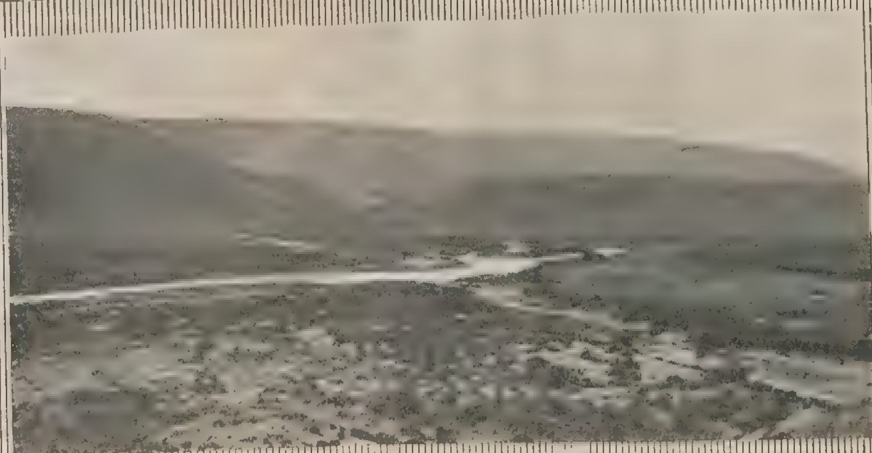
Bosque de araucarias en el camino de Nahuel Mapí.



El joven Carlos Burmeister durante una excursión a Pino Hachado.



Panorama de la región del Neuquen.



Confluencia de los ríos Chimehuin y Quilquihue.



Campamento sobre la margen del río Chimehuin.

Iniciación de la campaña electoral.—La primera asamblea del partido demócrata progresista



Vista parcial del numeroso público que asistió a la asamblea del comité demócrata progresista de la sección 11, realizada el miércoles de la semana anterior, en el salón-teatro de la calle Sarmiento y Azcuénaga, y que alcanzó un brillante éxito por las proyecciones del acto, y por el ambiente de entusiasmo que reinó en el mismo. El señor Rodolfo Moltedo inició los discursos y le siguieron en el uso de la palabra los señores doctor Enrique Loncan, Alfonso de Laferrére, Alejandro Carrasco y Mario Antelo, quienes pronunciaron vibrantes arengas, que fueron recibidas con nutridos aplausos por parte de la concurrencia.

Marplatenses



Señoritas de Torres, Castro y Madero Unzué.



Gente conocida



La señorita de Anchorena, en pose original.



Señora Paz de Gainza, señorita Gainza Paz y señores Robirosa y Acosta.



Señoritas Angélica y Josefina Sasso y María Luisa Piccardo.

La Paquena





Gentil bailarina española que une a su gracia natural la elegancia de la danza clásica. Sobresale entre las artistas de su género por la diversidad de su repertorio, y por ser la única cuyos bailes tienen el sello del país nativo debido al aprendizaje que de ellos hiciera en las naciones de origen

A pesar de su juventud, ha recorrido casi todos los teatros del mundo, en donde ha sido admirada su belleza española, y en los cuales ha confirmado su prestigio artístico.



Los balnearios limeños

Esbozos de la Arcadia sudamericana



Balneario Barranco.—Malecón de los Ingleses. A la derecha: el golfo de Chorrillos.



La Punta.



Miraflores.—Una de las calles de la población.

Lima, a pesar de ser una ciudad risueña, es el centro del prosaísmo de la vida, en la preciosa comarca del Rímac. No podía ocurrir de distinta manera en la capital de una nación donde tan grande es el enjambre de intereses, lo mismo comerciales que políticos. Se ha dicho, con alguna dosis de exageración sin duda, que Lima es el Perú. Tanto valiera decir que la República Argentina es Buenos Aires. Mas esa frase hecha, sin otro alcance positivo que el de casi todas las de su ralea, sugiere la magnitud de los intereses muy serios latentes en el ambiente limeño, y cuya atención envuelve al mismo transeunte turista, impidiéndole una plena posesión de la alegría a que invitan, en la ciudad de Pizarro, el cielo, las montañas, los jardines y las beldades nativas, tan donosas cuanto recatadas.

En cambio, el veraneante, el viajero que sólo busca el placer de la saludable holganza en sitios donde, sin campear aparte de la sociedad que está habituado a frecuentar, pueda, empero, sentirse más cerca de la naturaleza: no ha menester muchas fatigas para lograr la realización de su anhelo. Hay en torno de la metrópoli rimacense, hacia la parte sur, una serie de pueblos, algunos de ellos con arrequives de ciudades, a causa del desarrollo de su perímetro, población y actividades diversas, donde las pudientes familias limeñas, lo mismo que las no pudientes, acostumbran "pasar la temporada"; es decir, recrearse en la vida saludable, despreocupada y jocunda, a que invitan las fértiles campiñas, los bien surtidos huertos, las poéticas haciendas (estancias, que diría un argentino); y, sobre todo, el amplio océano, lleno de rumores, henchido de fantasías, abierto a los ensueños de todas las edades, y sobre cuya sabana inconmensurable los ocasos juegan al delirio con las nubes con las miríadas de luceros que en la penumbra del trópico escintilan, o con el creciente de la luna bordado en plata sobre el esmalte azul del infinito.



Chorrillos.—El malecón.



Barranco.—Bajada que conduce a los baños.

Chorrillos.—Un aspecto del balneario.

Magdalena, Miraflores, Barranco, Chorrillos, La Herradura, son otros tantos núcleos de hogares, impregnados de ingénito romanticismo, ricos en leyendas y en reminiscenicias históricas, seductores en la lozanía de su remozamiento, verdaderos fénices resurgidos del carbón de los escombros a que redujo sus proverbiales magnificencias de lueñes días la saña, la codicia y el rencor de un enemigo cuya única riqueza había sido una infinita y pecaminosa esperanza de violar la grandeza del émulo, y de dañar cruelmente lo difícil al disfrute por medio de ilícita captación. Una gran carretera para automóviles une estos pueblos y ciudades, en conjunto designados con el epíteto de "balnearios", a causa de sus elegantes y muy concurridos baños de mar. La carretera empieza en Lima, en el paseo Colón, y llega a orilla del barranco o acantilado que da al mar, por lo cual se denomina Avenida de Miramar; y se prolonga como un sendero de "corniche" hasta La Punta, en la extremidad más avanzada de las playas del Callao hacia las islas de San Lorenzo que las resguardan por el poniente.

La Punta es, en puridad, una punta de terreno pedregoso interpuesto entre dos grandes golfos: el de la bahía del Callao, al norte—que es el mayor, y en cuyo seno viértese el Rímac,—y el de Chorrillos al sur: más pintoresco, más breve, a pesar de ser considerable, y de costa más urbanizada. El nombre de Chorrillos procede de una singularidad con efectos ocasionados a inspirar a pintores y poetas. A medida que la concavidad del golfo avanza al sur, el terreno se empina sobre el mar; y la playa—muy rocosa y bordada de mogotes y escolleras contra cuyas aristas revienta un oleaje repetido, iracundo, espolvorizante y ensordecedor durante las grandes resacas del plenilunio—se amengua en forma de que en ciertos puntos el océano bate los plintos del acandilado, socavándolo hasta henderlo y penetrarlo bajo las cimbras ficticias de grutas como naves de templos misteriosos y subterráneos. Los ecos de esas simas aumentan el fragor de los retumbos neptunianos, sobrecogiendo en redes de alucinación la fantasía ingenua de los pescadores: raza histórica, tradicional, de hereditarios hábitos, y que, lo mismo durante la guerra del Pacífico que en las homéricas gestas peruano-argentinas de la independencia, dió muestras de entereza rayana en heroísmo. A esa raza perteneció el viejo indio José Olaya, el hombre que atravesaba a nado las bravías olas del golfo para llevar a las huestes libertadoras las comunicaciones de los patriotas del Rímac; ese hombre sencillo, sin ambición de lauros, pero fidelísimo a su hombría de bien, que, al fin, capturado por los godos, tragóse los pliegos para salvarlos de la fragilidad humana en el tormento. Este, no obstante, no le quebrantó; y José Olaya fué al suplicio sin claudicar ni como hombre, ni como conspirador por la causa que San Martín apellidó de justicia".

La regularidad del profundo arco del golfo y la imponente elevación de su perfil, que en la extremidad sur del perímetro terrestre descuella en los cimeros del Salto del Fraile y del Morro Solar, causan a la simple vista un encanto fascinante, así por la simetría de las líneas, como por el contraste de matices entre el fusco terreno y el azulino espejo de las ondas, bordado con los encajes albos de las rompientes.

Y toda la rugosa pared del acantilado es un inmenso búcaro de trepadoras, entre cuyas matas enredadas y trémulas se esconden florecillas y se descuelgan innumerables chorros de agua cristalina, como flecos de un manto de muselinas rasgado sobre el cuerpo de una diosa por las manos satiriásicas de un tritón. De ahí el nombre armonioso y sugestivo de Chorrillos.

La ciudad de San Pedro de los Chorrillos tiende sus barriadas, estrechas y clivosas, desde el pie hasta las faldas del Morro Solar. Fué un tiempo denominada "la Versalles del Pacífico", por la suntuosidad de sus palacios ("ranchos", en argot del país), todos ellos arrasados y reducidos a cenizas, después del saqueo, por las tropas chilenas, el 13 de enero de 1881.

En lo alto del acantilado, el Malecón sustituye a las ramblas de los balnearios argentinos. Ahí, a las horas del ocaso, o durante las noches que Selene argentea, las prestigiosas beldades limeñas arrullan sus idilios con el lejano rechistar de las espumas y los valses de Wattefeld, que la música militar de la guarnición concierta admirablemente en la explanada.

Una amplia y linda avenida une Chorrillos con la vecina ciudad del Barranco—así llamada por uno muy grande que hiende el terreno por el centro mismo de la población, sirviéndole de descenso hasta la playa de los baños. Para llegar a éstos se utiliza, también, un funicular.

Barranco es un sitio estival precioso, y quizás el más progresista del grupo. Las frondas y las flores lo rodean, lo ciñen, lo penetran y lo desbordan. Su trazo es irregular. Para hacer pareja con el Malecón de Chorrillos tiene su Malecón de los Ingleses; y a los encantos del mar agrega los de la campiña, por los aledaños del valle de Surco, uno de los más lindos de toda esa comarca. La cual comprende varios, en la vasta profundidad de su extensión en anfiteatro; hasta las primeras estribaciones de la Cordillera de los Andes, que forman, hacia levante y norte, una serie de murallas escalonadas, sobre cuyas cimas más remotas, azulea en días muy despejados, la nieve eterna, símbolo de lo puro y de lo inaccesible.

Hay en Barranco una especie de predestinación a la intelectualidad. Su ambiente es espontáneamente inspirador; y su parnaso regional, nativo, terruñero—diríamos—es copioso, conspicuo y celebrado por la fama. Cerca, muy cerca, en camino a Lima, está el histórico Miraflores, donde los civiles rimacenses rescataron con su sangre el honor nacional, mancillado por la invasión de los vándalos del sur

Miraflores es una especie de templo de Himeneo. En sus barriadas, donde el campo y la urbe se disputan las orillas de la misma careta, para concordar finalmente sus diferencias en un ósculo, el silencio y la soledad divierten los reposos de su eterna luna de miel con las cháchara de la brisa entre los ramajes y el discreteo de las avecillas con la aurora. Miraflores es un ensueño de Aladino. Las hamadriadas harían de él su paraíso; y a falta de ellas, los novios abrigan bajo sus frondas el tálamo de sus idilios elegantes. Es un pueblito donde los señores se hacen campechanos y donde el orgullo se engalana con rusticidades trianonescas. Ahí también hay un barranco por donde, tomados de las manos, arrancando doradas retamas, descienden hasta el cabrilleo de la luz en las aguas los enamorados a quienes embebece el resplandor de sus recíprocas miradas.

Y allá, al fondo, abajo, abajo, donde las olas parecen arrugas de una pesada alfombra de Tiro; donde las parejas son como libélulas escondidas entre terroncillos de alcorquíes y garrapiñas; y donde, en fin, habita una hada benévola y propicia que hace invisibles a las mamás y viste de reyes mago a los papás, mientras convierte en palomas venusinas a los protagonistas de mil y un romances: ahí el mundo cambia de matiz, la tierra se confunde con el cielo, el mar es una orquesta de tritones y sirenas; y la juventud, un regalo indeficiente de los dioses. Ahí no se escucha el perturbador tam-tam de los eléctricos, ni el chillido de los ferrocarriles, ni de las sirenas, las otras, las del puerto.

Y cuando el viajero mira ese mundo aparte desde el borde del acantilado, recuerda y decora aquel verso que nos dice tanto, tanto, tanto...

"Et in Arcadia ego..."

Juan SILENCIARIO.

TEATRO INFANTIL



Parte de la concurrencia menuda que asistió a la representación infantil realizada en la plaza Las Heras, en la tarde del domingo 9 del corriente.

PARTIDO PATRIÓTICO ÁRABE

Hace pocas semanas, quedó constituída una asociación política, formada por los súbditos árabes residentes entre nosotros, y denominada con el título que llevan estas líneas.

La tendencia de dicha agrupación es la de abogar por la independencia de la Siria, con sus límites históricos y en favor del resurgimiento de un gran reino árabe, constitucional y confederado. En este sentido, organizó el acto público a que se refieren las fotografías que publicamos, el cual se realizó con todo éxito.

Hicieron uso de la palabra los señores doctor George E. Sawaya, Salomón Juriati, Felipe Homad, Antonio Zamora, Taufic Nahas, doctor Julio Jaramillo, Manuel Cazalla, Alejandro Murr y Nagib Jacobo Suaya, quienes desarrollaron temas de acuerdo con los propósitos perseguidos y que merecieron los aplausos del auditorio.



El presidente de la asociación, doctor George E. Sawaya, pronunciando el discurso de apertura durante la asamblea realizada el lunes de la semana anterior, en los salones de la Casa Suiza. A espaldas del orador, los miembros que componen la comisión directiva de dicha agrupación política, y algunos de los señores que hicieron uso de la palabra en el citado acto.



Vista parcial de la concurrencia.



"FRAY MOCHO" EN PUENTE DEL INCA



Cuatro señores de mucha plata y bastantes años, que no tienen temor a la nieve ni a las alturas.



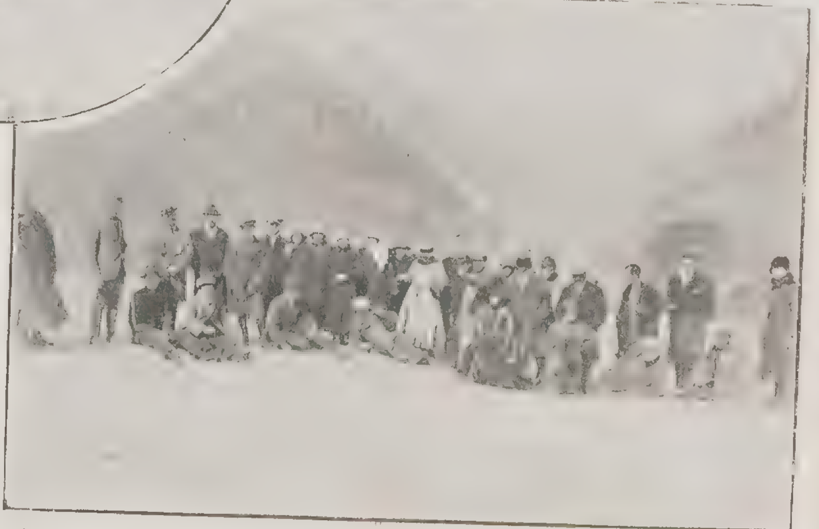


Señores Casares, Lavarello, Terracciano y Portela, que componen un cuarteto de buenos amigos



Pasajeros procedentes del Hotel del Inca, escuchando una misa cantada al pie de la imagen del Redentor.

La señorita Ana María Anasagasti, que cantó el himno nacional argentino junto al Cristo de los Andes, tomando el fresco a una temperatura de siete grados bajo cero.



Interesante grupo de excursionistas reunidos al grito de: "para "Fray Mocho"".

DE LA NUEVA RUSIA



La Plaza Roja de Moscú con la famosa iglesia de Basilio. Moscú, fundada en el siglo XII, es actualmente la verdadera capital de Rusia por su importancia comercial y ferroviaria. La posesión de esta ciudad es indispensable para el triunfo de los maximalistas o sus adversarios.



VIDA TUCUMANA



Durante la distribución de los diplomas a los alumnos egresados de las Escuelas Internacionales, acto que se realizó en la Sociedad Sarmiento.



Alumnas pertenecientes a la Escuela Profesional de Mujeres que recibieron los correspondientes diplomas por haber terminado sus estudios.



Estado en que quedó la máquina de un tren de pasajeros del Ferrocarril Central Córdoba, después del choque que tuvo con un tren de carga.



Empleados del Ferrocarril Central Argentino que formaron una olla popular durante los días de la pasada huelga. El menú, del que se advierte a primera vista gran tallarinada, pollos, perniles, etc., demuestra que fué elegido con criterio altamente reconfortante.

EL ESPEJO

I

—Cuando era yo niño—dijo Claudio Berney—los espejos me daban un miedo horrible. Eran algo así como abismos, cosas vacías y vertiginosas, ante las cuales no me detenía nunca por mi voluntad. A la hora del crepúsculo, por la noche especialmente, me parecían terribles. ¡Se mueven entonces los objetos de un modo tan extraño, con unos reflejos tan lejanos, tan profundos, tan misteriosos!

Había en casa de mis padres, en el fondo de un corredor, una terrible luna acerdosa que a mí me parecía una ventana abierta sobre un mundo de larvas, de manes y de vampiros. ¡Cuántas veces se me pusieron los pelos de punta al verme precisado a pasar por aquel corredor a la hora sombría en que se levantan los murciélagos!

Después perdí esos miedos; pero he conservado siempre una especie de instintiva desconfianza por los espejos. ¿No hay algo pérfido, engañoso, en esas superficies casi invisibles, en las que los objetos se invierten, en las que nuestra mano derecha parece la izquierda, en las que lo escrito al revés se torna normal? El espejo es el más asombroso símbolo que viene a demostrarnos que cuanto en el mundo existe es pura apariencia, o, por lo menos, que no hay nada que sea completamente real visto de dos modos distintos...

Sin embargo, nadie puede tener tantos motivos como yo para amar a esos muebles familiares. Uno de ellos ha representado en mi vida un verdadero papel de hada bienhechora.

¿Qué sería de mí sin la intervención de ese espejo?

Tenía yo por aquel entonces veintitrés años y pertenecía a la estúpida corporación de los tímidos. Chateaubriand, que se vanagloriaba de haber poseído una cortedad extremada durante su juventud, comparado conmigo hubiese podido pasar por un águila en lo que a la audacia y a la acometividad se refiere.

II

Bueno; tenía yo veintitrés años y estaba enamorado. Pero enamorado sin esperanzas. Era por el verano. El castillo vecino al nuestro estaba alquilado por una familia de Lombardía y las circunstancias crearon una sólida amistad entre mi padre y los forasteros.

Eran unos lombardos rubios, deliciosos por su petulancia, su ingenio y su elegancia extremada. El padre parecía un retrato de Van Dyck; la madre conservaba restos de una belleza maravillosa, y la hija, Francesca, añadía al color y la frescura de las rubias, ese divino encanto, esa flexibilidad armónica, esa vivacidad alegre y rítmica, que tardará aún muchos siglos en transmitirse de las razas meridionales a las razas del Norte.

Me enamoré de ella casi de repente, y mi amor se desarrolló por completo en muy pocas semanas. Pero era el caso que cuanto más enamorado estaba más me cortaba y acobardaba en su presencia. Estaba completa y realmente convencido de que aquella espléndida criatura no podría corresponderme. Por regla general, suele haber cierta esperanza oculta en el fondo de las desesperanzas más intensas. A mí no me ocurría tal cosa. Un teorema de geometría no me parecía tan evidente como la imposibilidad de llegar a ser el marido de Francesca. Así es que ni siquiera pasó por mi mente el propósito de cortejarla. La amaba

LA ENRIQUECIDA



—¿Por qué me siguen? ¿no han visto nunca una mujer como yo?
—No, señora, gratis nunca.

desinteresadamente, ocultaba mi pasión como si fuese un sentimiento ridículo o vergonzoso.

Por lo tanto, aunque se pasaba de lista, la hermosa lombarda no llegó a sospechar nada; me acogió con agrado; pero debió concluir por considerarme como a un ente insociable; me hablaba muy poco y con frialdad.

Enloqueció a todos los jóvenes del país; pero ella pareció durante mucho tiempo que permanecía indiferente al universal homenaje que se le hacía. Sin embargo, al fin hizo su elección. Se vió claramente que Alfredo Frontault obtenía marcada preferencia sobre sus rivales. Francesca, sincera y nada coqueta, no ocultó el agrado con que veía a aquel joven, y yo, por mi parte, tenía que reconocer que era superior a los demás pretendientes. Pero esto no podía servirme de consuelo. La sola idea de que Francesca pudiera casarse me volvía loco. Daba grandes paseos por la orilla del río, con la cabeza calenturienta, con el corazón oprimido de angustia, con palpitaciones dolorosas. Constantemente pensaba en el suicidio.

III

Una tarde fueron a visitarnos los Luraghi, que así se llamaba aquella familia, y estuvieron en casa largo rato. Francesca, mi hermana y mi prima, después de dar un paseo por el parque, se instalaron en el salón rojo, una de esas habitaciones sin objeto determinado que suele haber en algunas casas antiguas. Yo entré, no sé si por casualidad o atraído por el deseo de permanecer un rato al lado de Francesca. Mi prima me llamó para preguntarme no recuerdo qué. Al cabo de media hora aún permanecía yo allí sentado, algo lejos del grupo. Mi hermana y Francesca casi estaban de espaldas a mí.

Mi prima fué la que salió primero; después, mi hermana fué a buscar unas fotografías que quería enseñar a mi amada. Hubo un momento de silencio; silencio pesado, deprimente. Yo hubiese querido salir; pero los tímidos no saben despedirse.

Así es que me quedé.

Francesca me dirigió algunas palabras, a las cuales apenas supe contestar. Después se quedó como abstraída en una especie de ensueño.

Miraba—al menos así lo creí—hacia el balcón y no podía verme sin volverse. Esta circunstancia me dió ánimos para contemplarla a mi gusto durante un buen rato, sin apartar mi mirada ni un momento de su divina cabeza rubia. Me latía con tanta fuerza el corazón, que casi me ahogaba. Me acometió una especie de delirio, y, seguro de no ser visto, llevé maquinalmente la mano a mis labios y le tiré un beso.

Entró mi hermana un instante después y al fin tuve valor para marcharme de allí.

IV

Pasó un mes. Francesca menudeaba las visitas. Me hablaba con más frecuencia con una familiaridad tan sencilla y cariñosa, que hubo día en que casi me olvidé de ser tímido.

Y, cosa extraña, dejó de demostrar la menor inclinación hacia Frontault. Hasta parecía demostrarle frialdad. Yo me sentía feliz sin saber por qué; feliz instintivamente, enajenadamente, como se está a los veinte años.

Un día encontré a la joven rubia en el salón rojo. Estaba sentada ante un gran espejo. Quise retirarme.

—Quédese usted—me dijo.—Su hermana vendrá dentro de un instante... Además, quisiera hacerle a usted una pregunta.

Me indicó que me acercase. Permanecí cerca de ella emocionado, como siempre que estaba en su presencia. Francesca continuó diciendo entre burlona y cariñosa.

—¿Cree usted que los espejos son sinceros?... Estaba preguntándole a éste... Le preguntaba si me había dicho la verdad; si me había engañado... el día en que me dijo que...

Yo la miraba indeciso, sumamente turbado ante aquel rostro burlón y aquellos ojos centelleantes.

—Espere usted—añadió,—no está usted bien colocado para contestarme. Siéntese allí, en aquella silla... y yo me sentaré aquí... No deje usted de mirarme y ponga cuidado en la contestación... Sobre todo, le suplico que sea completamente sincero... pues me ha de sacar de una duda enorme...

Yo temblaba de pies a cabeza. Estábamos los dos sentados exactamente en la misma posición que el mes anterior, el día en que mi hermana nos dejó solos para ir a buscar unas fotografías.

—Bueno—me dijo a media voz,—si el espejo me dijo la verdad, la verdad pura... hay que hacerle hablar otra vez.

Afortunadamente, en aquel momento prodigioso en que se había de decidir mi suerte, aunque me turbé muchísimo, no cometí una estupidez.

Contesté como debía contestar; me llevé la mano a los labios y le tiré el mismo beso que la otra vez a la adorable cabecita rubia..., y como entonces—sólo que ahora lo ví—el espejo repitió fielmente mi ademán.

Y Francesca me preguntó muy seria:

—¿Es para siempre?

Yo me arrojé a sus pies, besé sus vestidos sollozando de amor, y ella, llevada del instinto supersticioso de su raza, me preguntó:

—¿No cree usted que los espejos antiguos, a fuerza de mezclarse en la vida íntima de los seres, no concluyen por tener una especie de alma?

J. H. ROSNY.

INCERTIDUMBRE



Barberín (ebrio, recibe una serie de golpes de su dulce consorte).—¿Es que veo doble o tengo dos mujeres?

PÁGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí



Indicaciones útiles para el campo

PROTECCION DE LOS ARBOLES CONTRA LOS CONEJOS

Para evitar los daños que causan los conejos, generalmente en invierno, cuando roen la corteza de los árboles, se aplica en la base del tronco una capa espesa de esta mezcla: tierra arcillosa o greda, 2 kilos; estiércol de vaca, 2 kilos; bilis de buey, 1 kilo; sangre de buey, 1 kilo. O esta otra: asafétida, 125 gramos; sangre, 8 litros; arcilla o greda, 5 kilos; estiércol de vaca, 5 kilos. Si se endurece, se ablanda con orines de establo.

Es eficaz también pintar con alquitrán la parte del tronco que los conejos y animales semejantes suelen roer. Si se trata de muchos troncos, para evitar gastos, basta aplicar el alquitrán a sólo una banda vertical de la corteza hasta escasa altura. Probablemente los conejos roerán el resto de la corteza de la base del tronco, pero dejarán intacta esa banda, bajo la cual circulará la savia, lo que asegura la vida del árbol.

DESTRUCCION DE LAS BABOSAS

En las huertas sobre todo causan tanto estrago las babosas, dada su voracidad, que siempre conviene aplicar algún método de destrucción. Por lo demás, éstos son muy sencillos. Uno, recomendado en Francia, consiste en untar con manteca rancia o grasa hojas de repollo o lechuga que serán colocadas por la noche en la huerta a distancias de 8 a 10 metros unas de otras. A la mañana siguiente están cubiertas de babosas a las cuales se puede así destruir fácilmente, por ejemplo, haciéndolas caer en un balde con querosene.

Se espolvorea los lugares en que por lo común pasan las babosas con una mezcla de 40 gramos de soda cáustica y 960 gramos de cal viva. Es también eficaz regar los sitios visitados por las babosas con una solución de 600 gramos de carbonato de soda cristalizado, disuelto en un litro de agua.

De recientes ensayos realizados en la estación entomológica de Rouen resulta que el arsenito de cobre es el agente de destrucción de las babosas más eficaz. Se mezcla 1 kilo de salvado de trigo, 100 gramos de arsenito de cobre y unos 250 centímetros cúbicos de agua. Una vez hecha con esta mezcla una pasta homogénea, se formará pelotitas que serán colocados en los sitios en que abundan las babosas. Al cabo de una semana los insectos habrán desaparecido.

LECHADA DE CAL

El remedio más sencillo contra numerosos parásitos de los árboles frutales es la lechada de cal. Por supuesto, ésta debe ser bien preparada. La mejor manera de prepararla es la siguiente: Se echa 20 kilos de buena cal viva, de preferencia recientemente cocida en un recipiente de madera (un tonel) de 100 litros de capacidad. Luego se rocía la cal con un poco de agua caliente: la necesaria para que la cal se caliente, se agriete y despida vapor. Se continúa entonces regando más abundantemente; se puede así echar hasta 30 litros de agua en los 20 kilos de cal. Una vez enfriada la mezcla y después de verificar que no quedan pedazos de cal sin apagar, se le agregará poco a poco más agua fría (de 50 a 60 litros) y se deja reposar durante algunas horas, revolviéndola de vez en cuando con un palo. Por último se pasa la lechada por un cedazo de alambre de mallas de un milímetro, dispuesto sobre un recipiente de 140 litros de capacidad. Con una palita de madera se aplasta las partículas sólidas que aún quedan y se agrega más agua hasta completar el volumen definitivo de 120 litros.

Esta lechada se aplica a los árboles por medio de un aparato pulverizador o con brocha que se pasa por el tronco y las ramas. Conviene quitar antes los pedazos de corteza, muy infestados, que serán quemados para evitar la propagación de la enfermedad.

PARA DESTRUIR RATAS Y RATONES

Se prepara una pasta venenosa con la que se untará pedazos de queso o rebanaditas de pan o se hará pelotillas de la pasta sola, que se pondrá en los lugares frecuentados por las ratas y ratones, pero cuidadosamente alejados del alcance de los animales domésticos. Se observarán las mayores precauciones si en la casa hay niños pequeños. Al elaborar la pasta se evitará tocarla con la mano, pues puede producir accidentes; toda manipulación se hará mediante una espátula de madera. La pasta se compone de: fósforo blanco, 20 gramos; harina de centeno, 200 gramos; sebo, 200 gramos; aceite de nuez, 100 gramos; azúcar en polvo, 250 gramos; agua, 400 gramos. Se disuelve el fósforo en el agua hirviendo, se agrega la harina, se revuelve con una espátula y una vez enfriada esa mezcla, se agrega, primero, el sebo fundido, después el aceite y por último el azúcar.

CONTRA LAS MOSCAS

Pónganse en las habitaciones o sitios frecuentados por moscas, la siguiente solución, depositada en recipientes abiertos. En una copa de agua, mezclada con leche, se echa media cucharadita (de las de café) de formol y una cucharadita de azúcar. Con esta solución se consigue desinfectar la habitación al propio tiempo que destruye el insecto.

ECONOMÍA BÍBLICA

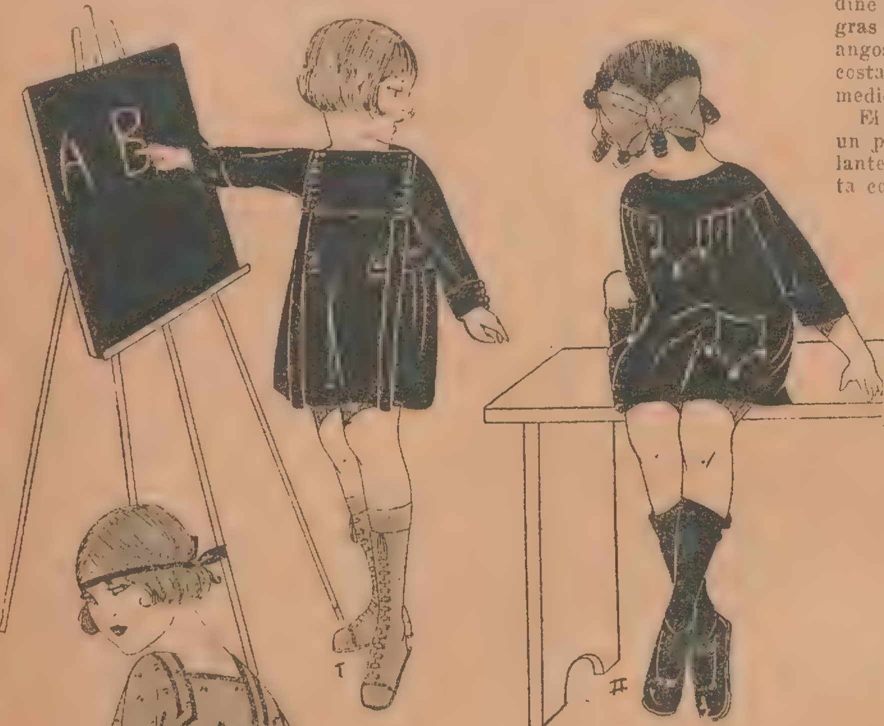


—¿Dónde está Salom
—Ha ido al banco.
—¿A depositar?
—No, a llenar el depósito de su lapicera.

Notas femeninas

Las vacaciones están casi para terminarse, marzo señala el ocaso del verano; así, jóvenes madres, hay que pensar en la apertura del año escolar. Tendremos que ir guardando poco a poco los finos trajes de voile y sacar con tiempo de los guardarropas los trajes y "manteaux" de lana del año anterior.

Al probarlos, mamá se apercibe de que su niña ha crecido mucho y que han quedado sumamente cortos. Es muy lógico que así sea, pero también hay que pensar que todo tiene arreglo, quedando después, quizás, más apuestos y lindos que cuando eran nuevos. Trajes y abrigos pueden ser alargados



o ensanchados por medio de una combinación de los nuevos tejidos que la moda ha puesto a nuestra disposición. Por ejemplo, tenéis bonitos dameros, escocés en los tonos que se emplearán bien sea para un canesú, un "panneau", para delante o atrás o bien para los costados, una banda para el bajo y otra para el cuello y puños, etc., etc.

Si el modelo está bien elegido y su hechura bien comprendida, les aseguro que no una compostura, sino al contrario, resultarán lindos y nuevos trajes o abrigos, pues esta moda de combinar dos tejidos de colores y tramas opuestas es verdaderamente bonita.

Dentro del guardarropa de la mamá también se encontrará con qué hacer muy buenos trajes para los niños empleando "mantéaux" y "toilettes" pasados de moda.

Para todos los días, hay que elegir de preferencia los tonos que menos se ensucian. En primer lugar tenemos el escocés, después los tonos chinescos, los dameros, en fin, bien lo sabéis por experiencia, se quiere mucho el color azul marino para los niños, siendo uno de los colores que menos cansa, lo mismo para chicos como para los grandes.

Siendo un tema que da mucho que hablar, me contentaré, por hoy, con daros una idea en general de los trajes más usuales, que requieren las idas al colegio, reservándome para más adelante extenderme sobre toilettes infantiles de ambos sexos para la estación venidera.

Si queréis, vamos a pasar revista al interesante grupo que he reunido en esta página para las jóvenes niñas. En primer lugar, tenéis un bonito y práctico delantal de alpaca negra o azul marino. Un "panneau" abotonado con botoncitos de nácar forman un canesú, teniendo un pliegue doble a cada costado del delantero y trasero. Mangas largas con un puñito abotonado.

Nuestro segundo modelo, es también un delantal para niña, en color negro, de hechura muy sencilla, con un canesú redondo que baja en forma de triángulos y atrás con botones de nácar. Los dos bolsillos tienen la misma forma y llevan los mismos botones de nácar para adorno.

Para niña algo crecida es el cuarto modelo, que es en fina sarga color azul marino, con un grupo de pliegues sobre los costados. Escote ovalado con una tirita derecha, que abotona a un costado con un botón de nácar gris rosado. Cinturón flojo, angosto, con otro botón de nácar como el ya dicho. Un fino bordado de lana en tono rojo y gris, adorna el delantero del traje: mangas semilargas.

El modelo tercero es de lanita cresponada y estampada, adornado con cintas de terciopelo negro. La delantera y espalda forman un ancho "panneau" chato, ribeteado con cinta de terciopelo, así como las hombreras bastante anchas, que dan un aspecto de kimono al trajecito, sin serlo.



La toilette que figura bajo el número cinco es lindísima; está hecha en sarga o gabardine azul marino, adornada con trencillas negras de diferentes anchos: una ancha y dos angostas. El cierre puede ser hecho sobre el costado izquierdo del delantero, o atrás en medio de la espalda.

El cuerpo al hilo, sin amplitud arriba, es un poco al bies debajo de los brazos. El delantero del cuerpo es de una sola pieza, junta con la falda. Si se trata de un arreglo, se puede disimular una costura bajo el cinturón. La falda puede ser algo en forma, en vez de ser derecha, tal como les muestra el modelo nuestro.

El cinturón, bastante angosto, en género doble, pasa dentro de ojales dispuestos a cada costado del cuerpo. Este mismo modelo se presta a combinaciones de dos tejidos diferentes, liso uno y el otro bien sea a dameros, escocés o cualquier otro género, pero de tono diferente.

El modelo que sigue, se presta muy bien para un traje que haya quedado corto y angosto. Si, por ejemplo, lo queréis arreglar para todo andar, el cuello, puño y delantero, formando el bajo de la faldita, serán hechos con un tejido obscuro, en el tono más obscuro del escocés; al contrario, si lo destináis para hacer un traje de vestir, eligiréis un tono claro y fuerte, con el pequeño moño de adorno en taffetas obscuro.



Su hechura es sencilla; derecha formardo a los costados un grupo de tres pliegues chatos, montados sobre los hombros directamente. El cuello vuelto, luce adelante tres botones fantasía a cada costado, que también se ven en los puños de las mangas.

Para terminar, tenemos un bonito abrigo que es sumamente elegante y puede servir para un arreglo. Se le puede alargar arriba, por un canesú que se encontrará escondido por el gran cuello de género escocés. Este último se encontrará de nuevo en los altos puños, disimulando o tapando el alargamiento de las mangas y sobre los costados del abrigo. El alto forma bolsillos, el delantero y trasero son abotonados encima por medio de grandes botones chatos de género liso. El cinturón es también en género liso, cerrando a un costado.

A. de DAUMONT.

Para perfumar el papel de cartas.—Prepárese la fórmula siguiente: polvo de iris, 32 gramos; corteza de iris, 32 gramos; corteza de naranjas amargas, 4 gramos; benjuí, 16 gramos; palo de sándalo amarillo, 8 gramos. Añádase un poco de ámbar y de almizcle en polvo, mézclese y guárdese en sobres.

Curación de las enfermedades intestinales. —Un nuevo método.

Un conocido médico francés, el doctor G. Guelpa ha dado a conocer en una publicación el método que lleva su nombre para la curación de las enfermedades gastrointestinales más comunes. El tratamiento es tan sencillo y, según el autor, tan eficaz que creemos oportuno reproducir los siguientes párrafos de su artículo: "Supongamos, dice, un hombre habitualmente sano y con digestiones fáciles. Un día en que ha comido como de costumbre, sufre un enfriamiento durante la digestión. Fatalmente, por la acción del frío, un espasmo de la circulación periférica, determina la exageración de la circulación profunda, y como es natural, de la intestinal. En consecuencia las secreciones serán anormales y anormal también la digestión, que se acelerará con cólicos o diarreas o se retardará con fermentación y absorción tóxicas, las cuales tendrán efecto también en la masa de la sangre. En consecuencia tendrá fiebre de reacción, con repercusión en los centros nerviosos: dolor de cabeza y otras manifestaciones como vértigo, escalofríos, postración, vahidos, etc.

Esos fenómenos desaparecen por sí solos si la capacidad reactiva del organismo es suficiente para eliminar rápidamente por diferentes vías: intestinal, transpiración, vómitos, etc., las toxinas que se han producido. Pero en cambio, si una parte de esos venenos quedan en el organismo y si el enfermo comete la imprudencia de tomar nuevos alimentos antes de haber expulsado todos los alterados, sucederá que los alimentos sanos, en vez de ser eliminados, sufrirán a su vez la acción de las fermentaciones anormales y constituirán una repetición y una agravación de los fenómenos mórbidos precedentes. Si se persevera en esta práctica de hacer llegar al tubo digestivo alimentos sanos antes de eliminar los alimentos putrefactos o infectos, se formará la enfermedad, la gastroenteritis con todas sus variedades. Ocurre lo mismo que cuando uno pone frutas sanas en un canasto que contiene frutas echadas a perder.

Sin embargo, así proceden los que en presencia de afecciones intestinales más o menos tenaces tienen la pretensión de curarlas a fuerza de medicamentos, sin interrumpir ni un solo día la alimentación, sin limpiar el tubo digestivo, mediante una purga, de las toxi-infecciones que contiene, a las cuales tratan con antisépticos; estos últimos, en realidad, vienen a ser una causa más de irritación.

La cronicidad de la gastroenteritis es algo ya común; hasta los mejores especialistas ven frustrados sus esfuerzos para curarla por la sencilla razón de que la combaten con medicamentos y no por medio de la higiene racional.

También hay que tener presente que cuando el intestino está irritado, ya por la presencia de materias toxi-infecciosas, ya por la acción de la purga, la mucosa se congestiona totalmente o por partes y pierde en seguida su epitelio, del mismo modo que le pasa a la piel a consecuencia de una irritación congestiva determinada, por ejemplo una cataplasma de mostaza. En esa condición, la mucosa gastrointestinal no puede efectuar bien su función asimilativa de alimentos. Por consiguiente, una precaución indispensable después de la purga, consiste en evitar toda absorción de alimento durante el tiempo necesario para que el epitelio se reconstituya, tiempo que no suele ser de más de 24 horas.

Agréguese a esto la comprobada transformación de la patología infantil desde la aplicación, actualmente generalizada, de la cura hídrica. Todo el mundo sabe que la mayor parte de las enfermedades de los niños provienen de una mala higiene alimenticia—sobre todo por exceso—y que la primera indicación para tratarlas consiste en la supresión de los alimentos, sometiendo al enfermo a una dieta de sólo agua hervida durante uno o dos días.

Por lo común esta sencilla precaución higiénica cura o detiene esas enfermedades. Una atenta reflexión de los hechos precedentes me han llevado naturalmente a practicar tan sencilla medicación; y los resultados no han dejado de responder a mis previsiones. Por eso pude afirmar en 1912 en el Congreso Francés de Medicina, que las enterocolitis, cuando no son sintomáticas de afecciones más graves (tuberculosis, cáncer, adherencias, etc.) se curan siempre, y rápidamente, sin droga especial, por "desintoxicación" seguida de un régimen higiénico. Des-

Es una buena costumbre tomar un vaso de agua caliente antes del desayuno

Abranse los canales del sistema todas las mañanas y expúlsense las materias venenosas estancadas.

Aquellos de nosotros que estamos acostumbrados a sentirnos pesados y enfadosos al levantarnos; con fuertes dolores de cabeza, tupidos a causa de resfriados, lengua saburrosa, mal aliento, acedía y dolores de espalda, podemos por el contrario parecer y sentirnos siempre tan frescos como una margarita, expulsando los venenos y toxinas del cuerpo todas las mañanas con agua caliente fosfatada.

Deberíamos tomar todas las mañanas antes del desayuno un vaso de agua verdaderamente caliente, con una cucharadita de fosfato limestone, a fin de eliminar del estómago, del hígado, los riñones y las diez yardas de intestinos, las materias de desecho no digeridas del día anterior, la bilis ácida y las toxinas venenosas, y así limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago.

La acción del fosfato limestone y el agua caliente en el estómago vacío es fortificante de manera maravillosa. Limpia todas las fermentaciones, gases y ácidez, y da espléndido apetito para el desayuno; y se dice que transcurre poco tiempo antes de que las rosas empiecen a asomar a las mejillas. Un cuarto de libra de fosfato limestone costará muy poco en la botica, pero es suficiente para convertir en entusiasta, por la cuestión del aseo interno, a cualquiera que padezca de bilis, estreñimiento, perturbaciones de estómago o reumatismo.

El fosfato limestone se expende solamente en latitas cuadradas y toda oferta en otra forma debe rechazarse.

Para informes: **L. F. MILANTA.**

Rivadavia 1255   Buenos Aires

EN VIENA



—Me extraña verte en semejante estado de miseria...
—¡Qué quieres!... la gente no tiene ni un bocado para comer... y soy dentista.

Los niños se ponen malhumorados, enfermizos y febriles, si sufren de estreñimiento.

El Jarabe de Higos "California" no hace daño al estómago o intestinos delicados.

Un laxante hoy, salva a un niño enfermo mañana. Los niños no dejan sus juegos por evacuar, lo que hace que se obstruyan los intestinos, el hígado se pone pesado y el estómago ácido.

¡Madres, fíjense en la lengua de sus hijos! Si está sucia, o el niño está indiferente, malhumorado, febril, inquieto, si tiene el aliento fétido, no tiene apetito, tiene resfriado o gripe, mal de garganta u otra enfermedad propia de los niños, dele una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y no se preocupe más, pues es completamente inofensivo y en pocas horas desaparecerá de los intestinos ese estreñimiento venenoso, bilis ácidas y las heces fermentadas, y el niño estará sano y contento otra vez. Una "limpieza interior" es a veces todo lo que se necesita. Debe ser el primer tratamiento dado en cualquier enfermedad.

Cuídese de otros Jarabes de Higos falsificados. Compre en la botica una botella del Jarabe de Higos "California", que contiene las direcciones impresas en la botella, para niños de todas las edades y para adultos. Fíjese bien que tenga el nombre de "California Fig Sirup Company". No pida solamente jarabe de higos, sino Jarabe de Higos "California". Acuérdese de la palabra *"California"*.

UNO QUE VOLVIÓ DE LAS TRINCHERAS



—¿Por qué has hecho esta barbaridad en el sótano?
—Para acordarme de mis buenos tiempos.

pués de numerosas aplicaciones en los hospitales del Panteón y Garibaldi, en París, de Goin, en Chichy y en el Hospital Litto, de Milán, estoy en condiciones de resumir así mi tratamiento de las gastroenteritis.

Como regla general mis enfermos son sometidos, para empezar, a dos días de purga y de ayuno, seguidos por cinco o seis días de alimentación semilíquida, (sopas de harinas con caldo o manteca, pero sin huevos ni leche-; luego observan un día de purga y de ayuno una vez por semana durante un mes, aunque su estado de salud sea bueno y por último repiten ese día de purga y ayuno dos o tres veces durante los primeros meses siguientes. El régimen alimenticio se hará menos severo después de la segunda semana; los huevos y la leche se permitirán sólo al final.

En los enfermos que siguen ese tratamiento, aun los que sufren de gástroenteritis desde hace años, la diarrea desaparece casi en seguida y dos o tres meses después pueden comer de todo sin perjuicio para la salud.

En los casos que no ceden a tan sencilla medicación hay que sospechar la existencia de una enfermedad mucho más grave que la gastroenteritis''.

El por qué quitan el apetito las emociones

Es cosa frecuentemente comprobada que las emociones violentas, ya sean de alegría o de dolor, de miedo o de cólera, quitan el apetito.

¿Se trata de una simple coincidencia? ¿Es ello, acaso, una distracción de orden psicológico que, al concentrar la entera atención de la persona sobre un solo punto, la aparta de pensar en la satisfacción de la más imperiosa y más ineludible de las necesidades corporales? ¿No pudiera ocurrir que la causa de todo fuese un simple fenómeno de orden fisiológico?

Mereciendo el asunto ser dilucidado convenientemente, la Sociedad de Medicina interna de Berlín comisionó al efecto a uno de sus individuos más distinguidos, el doctor Bickel, quien, a fin de llevar a cabo sus experiencias, eligió un perro de carácter en extremo excitable.

Empezó por someter al animalito a la operación de la esofagotomía, es decir, que le aisló el estómago con objeto de poder medir la cantidad de jugo gástrico elaborado durante cierto período de tiempo. De este modo pudo apreciarse que, colocado el perro ante un manjar cuya vista y cuyo olor le satisfacían en grado supremo, el animal segregaba normalmente 66 centímetros cúbicos de jugo gástrico en veinte minutos. Si, por el contrario, se ponía al lado del apetitoso manjar a un gato, vecindad que molestaba muchísimo al chucho, llegando a encolerizarle, la producción de jugo gástrico descendía de un golpe a nueve centímetros cúbicos en el mismo tiempo.

Hase, pues, evidenciado que se trata de un fenómeno fisiológico, y que las emociones violentas, perturbando el sistema nervioso, y en particular los nervios neumogástricos, dan por resultado inmediato aminorar o suprimir las secreciones indispensables para excitar el apetito y favorecer la digestión. Verdad es que lo contrario puede también producirse, aunque con menos frecuencia. En todo caso, no se modifica nunca la calidad del jugo gástrico, sino su cantidad.

El reloj de una administración de correos de Sydney, en vez de dar la hora por medio de campanas, emite un número de relámpagos eléctricos igual al número de la hora, con lo cual se consigue que los habitantes de muchos kilómetros en contorno puedan saber la hora con exactitud.



—El lobo viejo.—No, hermanos: no sirven para comer; pertenecen a una variedad venenosa llamada bolsheviski.

HECES

Personajes: **Anita**, joven elegante y sentimental.—**Rosaura**, dama entrada en años y consejera de Anita.—**Julio**, marido de Anita.—**Una mucama.**

I

En escena, Anita y Rosaura.

Rosaura (jocosa).—¿Fatalmente?

Anita (extremadamente sentimental).—Fatalmente, doña Rosaura. Yo necesito adoptar cuanto antes una resolución y me encuentro perpleja, indecisa, vacilante en el borde del abismo que se abre a mis pies.

Rosaura (zalamera). — ¡Monona! ¡Que estás trágica esta tarde!

Anita.—Como siempre. Es el efecto del primer choque que tuve con él después de casada, la misma noche de bodas, que se reproduce todos los días y que continuará reproduciéndose hasta que termine mi existencia.

Rosaura (insinuante). — Si de algo pueden servirte mi experiencia y mis habilidades de mujer de gran mundo...

Anita.—Precisamente, a ellas quería apelar para salir de esta situación. Es necesario que usted me ayude, que usted me salve, doña Rosaura.

Rosaura.—El asunto no se presenta tan fácil como tú crees. Con hombres neurasténicos como tu marido, faltos de carácter, indolentes y despreocupados hasta de la mujer que eligieron para compañera de sus días, la vida se hace imposible y, lo que es peor aún, sumamente difícil tomar una resolución de la índole que tú deseas. Eso ya te lo dije yo antes de que te casaras.

Anita (convencida).—Sí, doña Rosaura. La vida se hace completamente imposible. (En un arranque de expansión.) Desde la noche de mi casamiento, mi vida es un perpetuo suplicio. Fíjese que, aquella misma noche, después de la ceremonia, partimos en "auto" para Villa Rosa Paz. Cuando ascendíamos por ese camino lleno de vericuetos, por esa barranca intransitable, al llegar al cruce, se desencadenó una tormenta violentísima de granizo primero, de agua después, y de un furioso vendaval que casi nos volcó el coche, inutilizando su máquina. El vehículo quedó atascado. Allí tuvimos que pernoctar bajo el torrente que nos inundaba, envueltos en las tinieblas de aquella noche tan lóbrega, que sólo disipó de vez en cuando la vivísima luz de algún relámpago fugaz.

Rosaura.—¿Y tu marido?

Anita.—¡Oh! Estuvo caprichoso, caprichosísimo. Llegó un momento en que no pude tolerar más sus exigencias. Entonces, me acordé del "chauffeur" y lo compadecí al pensar que estaría empapado. Contra la voluntad de mi esposo, le llamé ordenándole que entrase en el coche. Entró, y mi marido se puso furiosísimo, inaguantable, tan hosco y tan necio que yo pensé que nunca me perdonaría aquel acto de piedad y de amor para con mi prójimo. Y sin embargo, él se portó muy bien con nosotros. Fué buenísimo y nos llenó de atenciones. Al amanecer, desmontó el coche, alistó su máquina con gran trabajo y, a las pocas horas, entre tumbo y tumbo, arribábamos a la cumbre de la montaña, haciendo nuestra entrada en la villa veraniega.



—Se lo recomiendo como mascota; es un perro completamente aliado: es mezcla de ñato inglés, lanudo francés, galgo italiano, grifón belga y terrier de Boston.

Rosaura.—¿Sin otros contratiempos?

Anita. — Esos se presentaron después. Usted no se puede imaginar lo que he luchado para combatir los celos de Julio, para convencerle de que mi conducta con el "chauffeur" respondió a un movimiento de conmiseración; para hacerle creer que yo no conocía a aquel hombre.

Rosaura.—¿Y nada has conseguido?

Anita.—Absolutamente. Julio, desde aquella noche, continúa siendo torpe conmigo. Su proceder ha creado un abismo insalvable entre los dos. Yo, para atraerle, lo colmaba de besos y de caricias, aunque tenía que fingir lo que ya no sentía por él. Pero no he obtenido resultado alguno. Lo más que me dedica es un cuarto de hora por día. Durante ese brevísimo tiempo, es atrozmente grosero, exagerado en todos sus actos, inconcebiblemente repugnante. Cuando quise ilusionarme de que comenzaba a quererme otra vez, una noche regresó a casa más torpe que de costumbre. Intenté con ruegos y súplicas hacerle cambiar de vida y fué bueno, en apariencia, aquel cuarto de hora. Pero, a la mañana siguiente, me pidió explicaciones sobre mi conducta, me preguntó que si estaba cansada de vivir a su lado y me gritó que él, tan pronto como se cansase de la vida matrimonial, se iría de aquí, abandonándome para siempre, ya que el matrimonio civil y la boda eclesiástica no son más que meras fórmulas sociales, sin fuerza suficiente para retener al esposo junto a su propia mujer.

Rosaura (fingiendo escandalizarse). —¡Has visto! Y tú ¿qué le dijiste?

Anita.—Nada. Lloré amargamente. El conoce el efecto que me produciría ese abandono y estoy segura de que, por esa causa, desde aquel día, me repite con frecuencia las mismas palabras, con el fin exclusivo de hacerme llorar, de amargar mi existencia, de tenerme siempre humillada, de valerse de tal procedimiento, rastrero y vil, para hacerme juguete de sus caprichos y de sus odiosos desenfrenos. Ahora, mi espíritu está tan distanciado del suyo, que ya no podría quererle aunque él me amase, aunque me suplicase, aunque impetrase de rodillas mi perdón. Mi conciencia ha sufrido tal trasformación, que ya no me importa su abandono. Por eso recurro a usted, doña Rosaura, para que me indique el camino a seguir. ¡Sálveme, sálveme usted de este trance!

Rosaura (pensativa y, luego, pontificando).—No es fácil tarea; pero...

Anita.—¿Qué?

Rosaura. — Que, para ello, necesito que estés resuelta a ejecutar ciegamente mis consejos.

Anita.—¡Oh! Sí, sí. Lo estaré. Hable pronto.

Rosaura.—Reservadamente ¿eh?, reservadamente. Yo arreglé centenares de matrimonios peores que el tuyo y tomé parte en muchísimos casamientos, obteniendo siempre un éxito extraordinario. Se me busca, hija, se me busca. Pero como no me dedico a la profesión...

Anita. — Sí, doña Rosaura. Yo le guardaré el secreto. Se lo juro.

Rosaura (misteriosa).—¿Quieres dominar a tu marido? Estúdialo bien, primero. ¿Que ya lo tienes estudiado? ¿Que es como tú dices? Pues haz lo contrario de lo que haces. Muéstrate siempre indiferente con él. Hazte siempre de rogar. Y cuando te ruegue, sé más fría que un témpano. No accedas jamás a sus pedidos ni le beses nunca. Cuando te exija con insistencia, contéstale que ya no le amas, que le odias, que le aborreces y que nunca, nunca podrás ser de nuevo la esposa solícita y fiel a quien él mismo perdió con su conducta.

Anita.—Y con eso conseguiré...

Rosaura.—Aquilatar sus condiciones y conocer lo que es capaz de hacer en ese caso.

Anita.—¿Nada más?

Rosaura.—¡Oh! Sí, sí. Cansarlo, sobre todo cansarlo. Y una vez que se aburra, te dejará, huyendo, seguramente, a lejanas tierras.

Anita.—¿Usted cree?

Rosaura.—Sí, hija, sí. Se cansará y te dejará. Eso no lo dudes.

Anita (efusiva).—Gracias, doña Rosaura, gracias. ¡Y yo libre! ¡Libre de ese hombre para siempre!...

II

Tres meses después.

Los mismos personajes. Luego una mucama. Más tarde Julio.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266

BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre. 5.00		Semestre 6.00
Año. 9.00	Semestre. 4.00	Año. 11.00
N.° suelto. . . 20 cts.		N.° suelto. . 25 cts.
N.° atrasado. 40 ..	Año. 8.00	N.° atrasado. 50 ..

Dirección y Administración: P. COLON. 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

El cuidado de los alfalfares

Es por todos bien sabido que la piedra angular de toda explotación ganadera, la constituyen los alfalfares, sea que se aproveche el producto que de ellos deriva por medio del henado, sea que se destinen directamente al pastoreo. Sin embargo, y a pesar de reconocérseles elementos de tanta consideración y esenciales para la ganadería, no se le prodigan los cuidados que les son necesarios para conservarlos sanos y productivos y que su duración sea mayor de lo que ordinariamente es.

Los alfalfares de corte, en virtud de la naturaleza misma de las operaciones a que—para su explotación—periódicamente se les somete, resultan, indirectamente, más favorecidos; en cambio, los de pastoreo, además de no recibir cuidados de ninguna especie, resultan ser casi siempre los potreros más trabajados y por ende peor tratados, pues que a ellos se acude en cualquier momento, sea para salvar a determinado grupo de animales entecados, sea para reponer a los convalecientes de tal o cual epizootia, sea para mejorar el estado de algunas madres o lecheras, y todo esto, agregado a la función constante de estos potreros, es decir, al sostenimiento de determinado número de cabezas o su preparación para el mercado.

Es en gran parte debido a este exceso de trabajo y a la ausencia absoluta de cuidados o labores tendientes a fortalecer y regenerar la alfalfa que se debe la desaparición de esta forrajera de muchos pastoreos al poco tiempo de haber sido creados, y por cierto que esta falta de atenciones hacia un elemento tan necesario al ganadero, no se debe a dificultades de aplicación de los tratamientos adecuados, lo cual, más adelante podrá verse, ni a mala voluntad, ni menos a ignorancia de parte de los dueños, sino que debe atribuirse, las más de las veces, a un poco de displicencia.

Los tratamientos en cuestión varían según se trate de alfalfares recién sembrados, de los ya formados o sea en plena producción, de alfalfares en decadencia y, por fin, de los destinados al pastoreo.

Para el primer caso, y en el supuesto que la siembra se hubiese efectuado en el pasado otoño, marzo o abril y aun mayo para la zona del norte, los tratamientos a seguir durante el invierno se limitan a poca cosa. Consisten primero en destruir la costra que se hubiese formado sobre el sembrado por efecto de una fuerte lluvia; a esto se procederá siempre que el tiempo sea de sequía, como en el presente ocurre en ciertas zonas del litoral.

El destruir la costra del sembrado tiene por objeto interrumpir la evaporación del agua que el terreno tuviera almacenada, a fin de impedir su pérdida y ponerla a disposición de las plantitas para las necesidades de su desarrollo.

El desmenuzamiento de la susodicha costra se obtiene sencillamente pasando sobre el sembrado una rastra de dientes liviana: se debe tener la precaución de dar a los dientes de la rastra la inclinación necesaria para que su acción sea puramente superficial.

Esta operación no debe efectuarse nunca antes de 25 ó 30 días de efectuada la siembra; al cabo de este tiempo las raíces se habrán introducido unos 20 a 25 centímetros en el suelo con lo cual las plantitas no correrán ya riesgo de ser extraídas por los dientes de la rastra.

2.º Abstenerse de introducir hacienda en el novel alfalfar durante todo el invierno por necesario que fuera el pastoreo, pues lo que los animales pudieran aprovechar no compensaría los daños que produciría el pisoteo en terreno aún sumamente flojo y las dentelladas de los animales que extraerían gran cantidad de plantitas.

Esto en cuanto a los cuidados a proporcionar durante el invierno; toca ahora mencionar para el mismo alfalfar, los del período activo de la planta.

Aun admitiendo que la semilla de alfalfa empleada en la siembra hubiese sido de la mayor pureza, no puede evitarse asimismo que las plantas extrañas, ciertamente que en muchísima menor proporción invadan el cultivo en los primeros tiempos de su vida, sino, al mismo tiempo, de la alfalfa, nacen en la primavera, y también más tarde, cantidad de yuyos, y esto en mayor abundancia si la siembra se ha verificado en un terreno de rastrojo de cereales o lino, e inmediatamente de roturada la tierra sin haberse efectuado las labores previas y necesarias para provocar la germinación, si no de todos, al menos de una gran parte, de los gérmenes que se encontraban en el terreno.

Todos los yuyos son sumamente perjudiciales al cultivo que nos ocupa, y tanto más encontrándose la forrajera en su primer año de desarrollo. Es ésta una de las causas por las cuales resultan alfalfares ralos, a pesar de haber empleado para su formación la cantidad de semilla necesaria.

Como la gran mayoría de las plantas que invaden los alfalfares desarrollan su sistema radicular superficialmente, al contrario de como lo hace la alfalfa, su extirpación es relativamente fácil, particularmente si se procede cuando los yuyos no están aun muy desarrollados, y si posible, inmediatamente después de una lluvia o de un riego donde lo haya, a fin de aprovechar la blandura de la tierra. A ese efecto se pasa una rastra de dientes repetidas veces sobre el sembrado o parte invadida, tratando siempre de cruzar dichas labores.

Si por cualquier causa no se hubiera podido efectuar la extirpación por medio de la rastra a su debido tiempo, y que, a causa de esto, los yuyos se hubieran desarrollados en demasía, se deberá proceder al corte del potrero y extraer, una vez seco, todo el material cortado para hacer de él el uso que mejor se estime.

EN UNA PELUQUERIA POR ABONO



El oficial nuevo (al abonado a todo servicio, después de cortarle el pelo).—¿Probamos un poco de masaje?
El abonado (después de una pausa socarrona).—Probemos.
El oficial (después del masaje).—¿Un champoo?
El abonado.—Vaya por el champoo.
El oficial.—¿Rizamos el bigote?
El abonado.—Sí,
El oficial.—¿Una fricción?
El abonado.—Me parece bien.
El oficial.—¿Quiere Ud. probar nuestro nuevo...?
El maestro (que al fin ha logrado llamar la atención del oficial).—¡Idiota! ¡Es un abonado!

Por efecto de este corte general que se efectuará siempre en la primavera, la alfalfa resulta doblemente beneficiada; por una parte, por las ventajas inherentes a la eliminación de los yuyos del cultivo, y, por otra, que la forrajera resulta sometida a una enérgica poda, con lo cual se provoca su macollaje y de consiguiente una producción rápida y vigorosa de mayor número de tallos, obteniéndose de todo esto una anticipación de la fecha del primer corte y subsiguientes.

Por esta razón, en la primavera que sigue a toda siembra de otoño, aunque el novel alfalfar no esté invadido por los yuyos, será siempre conveniente proceder a su corte cuando las plantitas midan de 15 a 20 centímetros de altura.

El corte para la limpieza de los yuyos deberá darse antes que éstos florezcan, a fin de evitar su fructificación y con ésta una nueva invasión al año siguiente.

En cuanto a los alfalfares en plena producción, su tratamiento consiste en remover la superficie del terreno por medio de la rastra de discos, enteros o seccionados, un par de veces durante el invierno o, indispensablemente, a fines de esta estación, todos los años, antes que la alfalfa entre en plena vegetación. Las labores de rastra deberán ser cruzadas, procurando dar a los dos cuerpos que la componen la suficiente inclinación para que su acción resulte eficaz.

Los buenos efectos de la rastra de discos sobre los alfalfares son indiscutibles, si bien a muchos agricultores parezca a primera vista lo contrario.

Los discos de la rastra hienden el terreno y, al girar y debido a la inclinación dada a sus respectivos cuerpos, levantan y vuelcan la costra de tierra de un espesor de cinco a ocho centímetros, endurecida por el pisoteo de la hacienda puesta en invierno, y el peso de las máquinas, con lo cual quedan expuestas a la acción del aire y del sol las raíces de las plantas extrañas al alfalfar, generalmente gramillas, y dejando suelta y mullida la superficie del terreno, condición que favorece la penetración del aire y de las aguas de lluvia en el suelo.

Además, los discos mondan y dividen las coronas y raigones de la alfalfa, provocando con esto la emisión de nuevas raíces y formación de nuevas matas y, de consiguiente, mayor número de tallos, o sea, en definitiva, el espesamiento y pureza del alfalfar.

Durante el curso del verano e inmediatamente después de efectuado cada corte, se debe proceder a otra labor con los discos, siendo muy conveniente completarla, en las tierras algo fuertes, con un rodillo articulado y de superficie ondulada, pasándolo después de la rastra a fin de desmenuzar los terrones que ésta hubiera levantado y calzar de paso las plantas.

Estas labores de rastra durante el verano, al mismo tiempo que estimulan la vegetación de la alfalfa y contrarrestan los perniciosos efectos de la sequedad debida a los calores de enero y febrero, concurren a la destrucción de los insectos perjudiciales al cultivo, la isoca entre ellos.

Los alfalfares viejos y los que sin serlo empiezan a decaer en producción, se logran regenerar por medio de frecuentes y enérgicas labores de discos.

Pero más apropiadas y eficaces para esta clase de alfalfares son las labores de escarificador, cuyos dientes se hacen penetrar, operando varias veces, hasta 15 ó 20 centímetros de profundidad.

No aconsejaremos el empleo de abonos químicos porque son, para nosotros, todavía demasiado costosos; pero, de disponerlos, es muy conveniente distribuir una buena cantidad de estiércol sobre el alfalfar a tratarse, antes de proceder a la última labor de escarificador.

Por medio de este instrumento se consigue remover la tierra en todo el espesor de la capa en que sus dientes actúan, sin volcarla, facilitándose así la penetración de los agentes atmosféricos en el suelo, los que, juntamente con el estiércol distribuído, concurren a vivificar las raíces de la alfalfa y provocar, en consecuencia, una producción abundante de brotes nuevos.

Pero si el alfalfar fuera muy viejo, si bien que con esta clase de labores conseguiríase que produjera algo más, sus rendimientos no compensarían, sin embargo, los gastos originados por el corte, siendo, por lo tanto, más conveniente destinarlo al pastoreo.

A fines de todo invierno se debe estercolar abundantemente a todo alfalfar de corte, y si no fuera posible hacerlo en su totalidad, por carecer del estiércol necesario, procurar entonces tratarlo por partes, o por lo menos las partes que dieran señales de mejor vigor.

El estiércol a distribuirse sobre los alfalfares de corte no debe ser pajoso, pues de ser así, ensuciaría al heno en el momento de ser rastrillado.

En circunstancias normales los tallos de la alfalfa sometida al pastoreo no son siempre totalmente arrasados por el diente de los animales, sino que, prefiriendo éstos las partes más tiernas o suculentas, dejan adherida a la planta una buena porción de aquéllos; además, si el potrero tiene poco ganado en pastaje, quedan muchas matas de alfalfa intactas que, continuando su desarrollo vegetativo llegan a la fructificación con el consiguiente endurecimiento de sus partes.

Estas matas y aquellos restos de tallos a su tiempo desarrollan sus yemas, originándose así nuevos tallos que a su vez prolongan los existentes, y así sucesivamente, si la escasez de ganado en el potrero continúa se repetirán estos retoñamientos y prolongaciones hasta la llegada de los fríos en que la vegetación de la alfalfa se detiene.

Como bien se comprende, si los tallos de la alfalfa no son oportunamente cortados o comidos, caen o se tumban, y con los varios retoños que se suceden, se forma sobre elterreno un espeso colchón de tallos enmarañados, al mismo tiempo que, debido a su excesivo crecimiento, se leñifican, los que los hace inútiles como forraje, por una parte por carecer de principios nutritivos y, por otra, debido a su dureza son rehusados por el ganado, el que se limita a ramonear los últimos retoños dejando los demás en el suelo.

Pero no es solamente la porción de tallo la que se leñifica, sino que ocurre lo mismo con la base de la mata o corona de la planta, punto donde residen las yemas generadoras de los tallos. La leñificación de esta parte de la planta produce la atrofia de las susodichas yemas y, por consiguiente, la interrupción de la producción ulterior de tallos o sea del forraje, y de aquí, si el hecho se repite por pocos años, la eliminación de la alfalfa del potrero. El setenta por ciento de los casos de pérdida o desaparición de la alfalfa de estos pastoreos se deben a esta causa, y no al pisoteo del ganado como corrientemente se suele atribuir.

A fin de evitar este accidente, todos los años se debe proceder al corte del potrero, o, indefectiblemente, cada dos años.

La mejor época para cortar es enero y febrero, pues a esta altura de la estación la planta carga la producción correspondiente a los tres primeros cortes, o más, según las condiciones climatéricas. La supresión de este material en la mencionada época favorece, además, la producción de forraje tierno y abundante, y con tiempo suficiente para que se sazone antes de la entrada del invierno.

Si el potrero no tiene ganado que sostener, o si teniéndolo puede pasársele temporariamente a otro, el corte podrá efectuarse fácilmente y sin preocupaciones; pero no será así tratándose de un potrero ocupado.

En este caso habrá que proceder de manera de no interrumpir el apacentamiento normal del ganado ocupante, sin que para ello haya que abstenerse de aplicar el tratamiento que corresponde al potrero.

Se procederá entonces a efectuar una serie de cortes por amelgas de dimensiones reducidas, o en relación al número de cabezas en pastaje, y cortando a intervalos de 18 a 20 días, a fin de dar tiempo a que retoñe la alfalfa de la amelga cortada antes de proceder al corte de la siguiente. Tratándose de un potrero grande y debiéndose computar los intervalos, podrá anticiparse la época del corte de la primera amelga a fin de no pasar mediados de marzo para la terminación total del potrero.

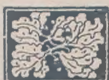
Aunque lo consideramos superfluo, recordaremos que el producto cortado, una vez seco, será conveniente emparvarlo para ser utilizado como reserva de invierno.

La ejecución de este corte, si bien único en el año, es de efectos notabilísimos, pues elimina los tallos leñosos y duros de la alfalfa, provoca la producción de renuevos, regenera y vigoriza las matas y, por fin, contrarresta las invasiones de yuyos.

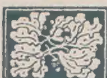
Como complemento de este tratamiento citaremos las labores de discos, y según los casos las del escarificador, para aflojar la tierra endurecida por el pisoteo del ganado, pero, no prodigadas en forma tan enérgica y reiteradas como la aconsejada para los alfalfares de corte, pues, de ser así, las gramillas podrían en momento dado escasear, y hasta desaparecer si a estas labores se uniera contemporáneamente la falta de lluvias.

En cuanto al momento propicio para aplicar estas labores complementarias lo dictarán las conveniencias y el criterio del ganadero, quien tendrá en cuenta los diversos factores que pueden concurrir a modificarlo, sea la cantidad de forraje o estado más o menos pastoso del potrero, el número de cabezas en pastaje y según que las condiciones climatológicas sean adversas o favorables a la vegetación.

Ingeniero agrónomo **José B. LORENZETTI.**



Nuestros artistas



FAUSTINO BRUGHETTI



Algunas de sus obras.—''Paisaje''.



''En la intimidad''.



''Auto-retrato''.



''Serenidad'.



''Eterna comedia''.



''Dolor de madres''.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires

Mujeres del cine



Olivia Tell, una estrella del cinematógrafo norteamericano que en seguida de regresar de una escuela dramática ocupó un lugar prominente entre los artistas del género.